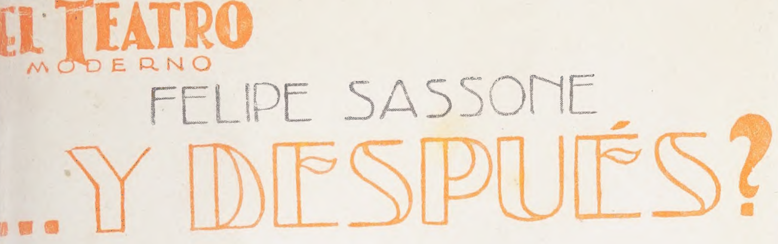
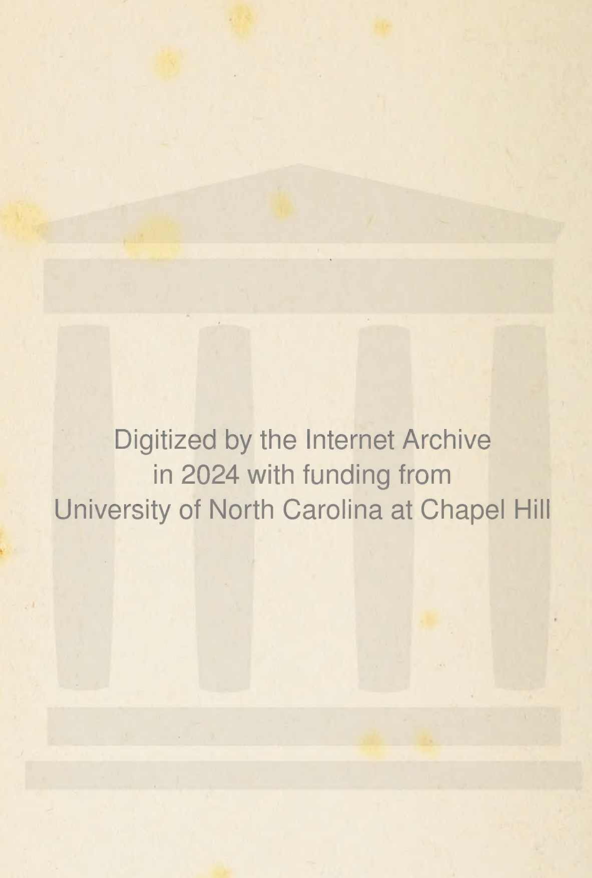
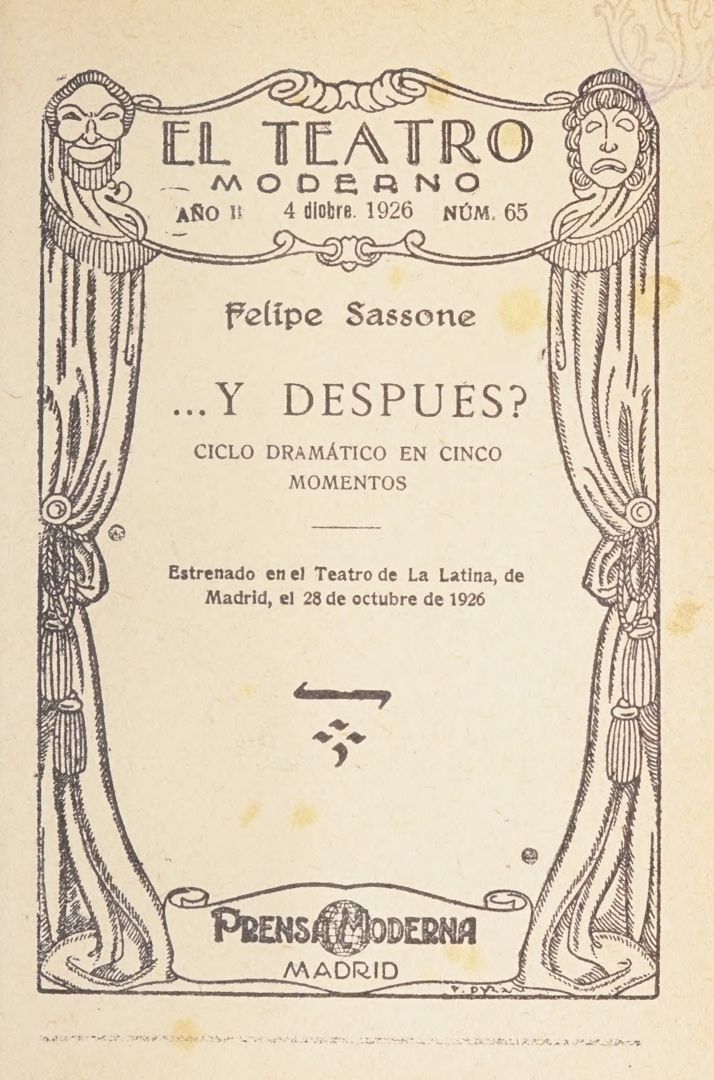

EL TEATRO
MODERNO
FELIPE SASSONE
...Y DESPUÉS?





EL TEATRO MODERNO
AÑO II 4 dicbre. 1926 NÚM. 65

Felipe Sassone

...Y DESPUÉS?

CICLO DRAMÁTICO EN CINCO MOMENTOS

Estrenado en el Teatro de La Latina, de Madrid, el 28 de octubre de 1926

PRENSA MODERNA
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Mora, la Intelectual...	*Amparo F. Villegas.*
Fina Clavet...	*Fifi Morano.*
Doña Carmen de Clavet...	*Felisa Torres.*
Paquita...	*Teodora Moreno.*
Clara Gazul...	*Eloisa Vigo.*
Mercedes, manicura...	*Mercedes Torres.*
La doncella de Mora...	*Angeles Somavilla.*
La doncella de Fina...	*Lola Sanz.*
Antonio, Marqués de Montañaclara...	*Francisco Morano.*
Gabriel...	*Marcial Morano.*
El Vizconde de Alminares... ...	*Enrique Ponte.*
Valerio Valero...	*Joaquín Puyol.*
Marcos, ayuda de cámara... ...	*José Serrano.*
Un empleado de la estación ...	*Ramón Gallego.*



DEDICATORIA

A Ricardo Maiz y Velarde

Cordialmente, en prueba de buena amistad.

PRELUDIETTO

ACTO PRIMERO

Gabinete de estar en casa de Mora, la Intelectual, elegante y coqueto. El foro, a la derecha, da a un pasillo amplio. A la izquierda, también de frente, hay otra puerta idéntica a la del foro que da paso a otra pared, a la misma altura del pasillo, en la cual hay un ventanal de cristales historiados y polícromos. Entre las dos puertas hay una mesa que no es precisamente despacho ni costurero, pero que sirve para todo ello. Tiene un tinterito pequeño, útiles de escribir de señora, unos trapos, una muñeca, una lámpara con su pantalla graciosa y un teléfono. A lo largo de la pared, encima como formando un friso caprichoso y elegante, hay unos cuantos libros encuadernados y monos y encima de la repisa algún *bibelot*. Dos puertas laterales, ambas en primer término. A la izquierda de la mesa, un sillón; a la derecha del sillón, una mesita enana; entre la mesita enana y el sillón, un costurerito, y entre el sillón y la mesa, una sillita baja. En el lienzo de pared de la derecha que corre oblicuo de la puerta del foro a la puerta lateral, hay una *chaise-longue* con tapices y cojines de colores. En primer término izquierda, antes de la puerta, una chimenea, y sobre ella, un reloj de bronce, porcelana o mármol, que dará la hora a su tiempo. Algún vaso con flores de la estación, que es invierno, y, por las paredes, algún cuadro pequeño: Goya, Fragonart, Fortuny, copias, naturalmente, y retratos de artistas. No digo que dan las seis de la tarde porque ello lo advertirá, quien no sea un topo, en el diálogo.

ESCENA I

Mora, la Intelectual, sentada en el sillón de la izquierda, y en la silla baja, haciéndole las manos, la *Manicura.* Los útiles están sobre la mesa, al alcance de su mano. Todos los personajes de esta comedia son jóvenes, aunque tengan años, y así, ni la Manicura ha pasado de los

treinta, ni aun de los cuarenta Mora: más bien le faltan, que está en un otoño magnífico. En la "chaise-longue" o en una silla volante, a la derecha, está *Clara Gazul*, visita de tarde, bailarina y cupletista, guapa y andaluza, que frisa con los cinco lustros.

MORA. *(Dando un ligero grito.)* ¡Ay, mujer, ay!
MANI. Perdóneme. ¿Le he hecho daño a la señora?
MORA. Pues ya lo creo...; no me iba a quejar por gusto...
MANI. Discúlpeme. Lo siento más... Yo, por quitarle los pellejitos...
MORA. Los pellejitos, bueno; pero la carne, no. Me sangra el dedo, ya ve usted...
MANI. Se restaña en seguida, disculpe la señora; yo pondré más cuidado.
CLARA. Como si no; la que tiene que poner cuidado es ella, que no puede parar.
MANI. Sí; está un poquillo nerviosa la señora.
CLARA. ¿Un poquillo? Como para bailar la rumba, que es lo único que no le gustó bailar nunca.
MANI. ¡Cómo ha de ser!
MORA. Sí; no estoy muy bien templada hoy.
MANI. En fin, señora..., yo pondré más tiento... A ver... *(Pausa.)*
MORA. ¿Conoce usted al Marqués de Montañaclara?
CLARA. ¡Anda, ya pareció aquello!
MANI. ¡Digo!, ¿no lo he de conocer, señora? ¿Quién no conoce en Madrid al Marqués de Montañaclara? ¡Es un gran rey!
MORA. ¿Qué dice usted?
MANI. Que es un gran rey. En mi tierra les decimos un gran rey a los hombres guapos, a los que tienen buen tipo.
MORA. ¿Y de dónde es usted, hija?
MANI. De Almería, señora. ¡Digo si conozco al Marqués! ¡Más simpático y más generoso! Esta mañana le he hecho las manos.
MORA. ¿Esta mañana?
MANI. Sí, señora.
MORA. ¡Ya ves! ¡Pobre Tony! ¡Siempre tan cuidado-

so y tan compuesto! Ha querido ir prevenido al lance... Por si caía, ha querido caer con la elegancia de un gladiador. Impecable. ¿Le habló a usted de su desafío mientras le hacía usted las manos?

MANI. A mí, no, señora. Pero ¿es que tenía un lance?

CLARA. Sí; el Marqués se bate a espada hoy; por eso son los nervios.

MORA. Acaso en este momento se estén batiendo...

CLARA. Ya debe de haber acabado.

MORA. ¡Ay, Dios mío!

MANI. Pues así salga tan bien de él como yo se lo deseo, y a ver si nos estamos quietecita... un instante, que en seguida acabo.

MORA. No; no acaba usted, porque yo no aguanto más.

MANI. Pero si falta la otra mano.

CLARA. ¡Ca, ya no hay manera!

MANI. Pero...

MORA. No, no; déjelo usted, déjelo usted. Me volvería usted a lastimar, y no por su culpa. Mañana viene usted temprano y acabamos.

MANI. Pero si ya no sangra ni nada.

MORA. Si no es porque sangre; es que..., déjelo usted, mujer, que estoy muy nerviosa. Haga el favor de llamar a la doncella y que recoja...

MANI. No faltaba más; no hace falta molestar a nadie. Si la señora quiere, yo me lo llevo todo volandito.

MORA. ¡Muchas gracias, Mercedes! *(La Manicura recoge los bártulos de su faena, el tazón con el agua caliente, y se lleva todo y la sillita baja también por la puerta izquierda. El reloj de la chimenea empieza a dar la hora.)* ¡Ay! Las seis ya, y no tenemos noticia y me había prometido venir.

CLARA. Ya vendrá. No te lo matan.

MORA. ¡Ni Dios quiera! *(Levantándose para ir al teléfono.)* ¡Ay!, perdona, hija; voy a preguntar. *(Hablando por teléfono.)* Central, central. Con

el Aero Club, ¿me hace el favor? Diez y siete-veintisiete, Mayor.

CLARA. Ahora, a esperá a que te comuniquen. Antes de que te contesten ha llegado él en persona.

MORA. Es verdad. Estas señoritas de la Central son como los de la radio. Ellos cantan todas las óperas y todos los cantos que quieren, y dicen todos los versos que les da la gana como Dios les da a entender, y ya puede el infeliz radioescucha protestar, que no le hacen ningún caso

CLARA. ¡Miá tú que si se pudiera patear por radio lo que a una no le gusta!

MORA. Calla, calla, mujer. *(Hablando por teléfono.)* Sí. Me hace usted el favor de decirme: ¿ha llegado el Marqués de Montañaclara? *(Pausa.)* Bueno. Bueno, sí. Pregunte usted, haga el favor. *(A Clara.)* Van a ver si está.

MANI. *(Saliendo.)* Señora, si usted no manda otra cosa, ya está todo en su sitio...

MORA. *(Al teléfono.)* ¿Que no está? ¡Vaya! ¿No tienen ustedes alguna noticia? No, no; ninguna... No... No, no. Por nada, gracias. Cuando llegue, que haga el favor de llamar al once-veintinueve de Jordán. *(A la Manicura.)* Bueno, bueno; vaya, Mercedes.

MANI. Entonces, si la señora no está enfadada, volveré mañana.

MORA. Sí, sí; mañana. Vuelva mañana, a eso de las once.

MANI. Tenga muy buenas tardes la señora.

MORA. Adiós, Mercedes.

MANI. *(A Clara.)* Servidora de usted.

CLARA. Vaya usted con Dios, señorita. *(Mutis la Manicura foro derecha.)*

MORA. *(A Clara.)* ¡Que no ha llegado aún, mujer! ¿Te parece a ti?

CLARA. Oye, pero dime la verdad: ¿tú tienes relaciones con él? Porque no se dice nada por ahí.

MORA. Ya se hartaron de decir cuando había motivo. Tuve relaciones con él cuando yo estaba en

auge y era "estrella" por esos tablados. Antonio, Tony, como yo le llamo siempre, ha sido el verdadero amor de mi vida. La única campanada la di con él. Cuando hicimos juntos la jira por Europa ¡se habló más!

CLARA. Pero ¿bailaba él también?

MORA. No, mujer, no; bailaba yo. ¡Qué cosas dices! El se dejaba querer. Para eso me siguió, para que yo le quisiera. París, Berlín, Viena, Milán, Nápoles fueron testigos de este amor tan grande, que, ya ves, ha dejado cenizas.

CLARA. ¿Cenizas? ¡Candelas; si se están viendo las llamas!

MORA. Pero no soy su amante. Ahora viene aquí, a mi retiro, todos los días, al caer la tarde. Y es siempre como el rey en esta casa. Viene a alegrarme con el recuerdo. Soy su amiga, como todas las mujeres que ha tenido, y ha tenido muchas, y con ninguna se peleó nunca; que todas le siguen queriendo, aunque no tanto como yo.

ESCENA II

Mora y *Clara* y *Paquita,* por el foro derecha. Es una señorita también del "demimonde". Querida del Vizconde de Alminares, que acaba de lanzarla, y cupletista y cocota en agraz, que aún no acaba de decidirse.

MORA. Paquita, ¡tú! ¿Sabes algo?

PAQUI. Nada; que vendrían aquí después del lance. *(La besa.)* Creyendo encontrarlos, he venido. Buenas tardes, Clarita.

MORA. Pero ¿no tienes noticias?

PAQUI. Ninguna; lo cual es buena señal. Ya sabes que Miguel era padrino, y quedó en avisarme por teléfono si sucedía algo grave.

MORA. ¡Ay, por Dios!

PAQUI. Y nada grave ha sucedido, cuando yo no lo sé. Ten la seguridad, tranquilízate, que no habrá por qué llorar. *(Se sienta.)* Bueno, y

hablemos de otra cosa. ¿Qué me cuentas? Es decir, perdona; ¡tú qué has de contarme! Ahora no puedes salir del jardín. Hasta que no le veas entrar por esa puerta..., no has de pensar en otra cosa. *(A Clara.)* Y tú, Clarita, ¿cómo andan esos preparativos y esos trajes para el debut en Maravillas?

CLARA. Hija, no me digas; estoy trastorná. Tengo la cabeza como una devanadera. La semana pasá vino a casa Diego Perales, el músico, ya sabéis, con dos amigos suyos del Ateneo, que dicen que saben mucho de artes prácticas y de posturas; pero yo no le veo lo práctico por ningún lao. Bueno; para qué os voy a contar. Diego tocó una cosa en el piano que no sonaba a na; es decir, que sonaba mucho, a mucho ruido, y sus amigos empezaron a hacer unas posturas y unos pasos de baile, que no es baile: asín como quien se pone a buscá por los suelo una aguja que se le ha perdío. Ellos decían que estaba muy bien; pero yo..., yo no lo entiendo, la verdad.

MORA. Ni falta que te hace. No quieras aprender nada ni saber nada. Es mejor. Da tu arte sin saberlo, y no te dejes marear. ¿No sientes el baile? Pues conténtate con eso; que el arte no es una profesión: es un sentimiento.

CLARA. ¡Ah, yo, sí! Yo, como sienta na más repiquetear mis palillos andaluces, me vuelvo loca; pero como dicen que lo otro es lo práctico y lo clásico... Y tú no me puedes aconsejar lo contrario. A ti te he visto yo bailar la última temporada que hiciste una marcha fúnebre, y menuda ovación te daban; conque...

MORA. Yo era otra cosa. Yo fuí bailarina clásica y cosmopolita, porque me eduqué en ello y viajé por todo el mundo. Tú no has salido de España; eres sólo española, andaluza. Pues basta y sobra, sabiendo serlo. Sé de tu España, de tu Andalucía, de tu rincón, que cuanto más chiquitito sea tu arte, con tal de que sea

tuyo y de tu sitio, más grande será, créeme a mí.

ESCENA III

Dichas y *Valerio Valero,* por el foro. Treinta años. Guapo, simpático, elegante y locuacísimo.

VALE. *(En el foro.)* ¡Felices Pascuas!
MORA. ¡Ay, Valerio! ¿Sabes algo?
VALE. No preguntes, mujer. Nada malo sabré, cuando vengo contento. ¡Felices Pascuas! *(Saluda a Paquita y a Clara.)* ¡Felices Pascuas!
CLARA. ¿Cómo felices Pascuas, si estamos en febrero?
VALE. Para el año que viene, señora. ¿Es que no puedo adelantarme? En todo saludo cabe un ¡felices Pascuas!, y en todo telegrama un remita fondos, por si acaso.
CLARA. ¡Qué hombre éste!
MORA. Pero cuenta, cuenta. ¿Se sabe algo?
VALE. Sí, señora, se sabe. Total, nada. Lo que tenía que ser: Juanito Caro, con un pinchazo en un brazo, y el gran Tony, fresco como una lechuga y sin un arañazo.
CLARA. Pero ¿usted ha sido padrino?
VALE. ¡Ca! A mí no me pescan. Hay que trabajar mucho para eso. ¡Hay que escribir más!... Ser padrino es ser a la vez notario y policía, y se pasa cada susto... Su hombre de usted *(A Paquita.)* fué quien lo arregló todo, acompañado de un capitán de Caballería, de cuyo nombre no puedo acordarme.
MORA. Pero ¿tú cómo sabes...?
VALE. ¡Toma! Me lo acaba de referir el propio Alminares en el Aero, y ahora viene para acá con Antonio.
MORA. ¡Ay, loado sea Dios! Pues si vienen..., con permiso de ustedes..., medio minuto nada más. Están ustedes en su casa. *(Mutis lateral izquierda.)*
VALE. Se va a morir de alegría, la pobre.

CLARA. Y se estaba muriendo de miedo.

PAQUI. A componerse va, como si lo viera.

CLARA. Falta le hace: tenía la cara descompuesta.

PAQUI. No era para menos. Su Antonio, su Tony, como ella le llama, aunque no sea suyo, se batía con el primer tirador de España.

VALE. ¡Eh, eh, poquito a poco! Ahora habrá que convenir que Juanito es el segundo, porque el primero es Antonio..., que es quien ha pinchado. ¡Como debía ser!

PAQUI. Sin embargo...

VALE. Como debía ser, como ha sido. A ése no le gana nadie a nada. Aunque se hubiera batido con Pini, con San Malato y con Lancho a la vez, ¿quién había de ganar? El, el amo, el hombre a la moda, el amante del corazón, "l'homme à femmes". La experiencia y la juventud juntas, el "savoir faire" y el poder hacer. Tan pobre, que nadie puede quererlo por su dinero; tan rico, que no tiene que pedírselo a nadie para darse la gran vida.

CLARA. Y eso, ¿cómo?

VALE. ¡Ah!, vaya usted a saber. A los hechos me atengo. El gasta una renta y no tiene capital. ¡Y el honor intacto! ¡Y amado por todas las mujeres! Audaz y tímido, según convenga, y oportuno como un premio gordo de la lotería. Tiene todas las cualidades para ser "l'aime des femmes". Digiere como un tiburón; corre como un lebrel; salta como un gato; mira como un lince; habla como un loro, cuando le conviene; se calla como un pez, cuando le conviene; se cuela como un rayo de luz; se escapa como una anguila. ¡Y la cabeza como la luna, y la tez como la rosa, y los dientes como las perlas, y los músculos como el acero, y el aliento como el ámbar, y la voz como un violoncello, y listo como un estudiante, y alegre como un infante, y bravo como un pirata, y aquí se acabó la lata! No hay quien pueda con el Marqués de Montañaclara. ¿Está claro?

PAQUI. Clarísimo. ¿Y tú, cómo andas de amores?
VALE. ¡Ah!
PAQUI. Dicen por ahí que si te gusta la señorita Fina Clavet.
VALE. ¡Psch!...
PAQUI. Y que si tú no le disgustas a ella.
VALE. ¡Psch!...
PAQUI. Y que si os casáis.
VALE. ¡Bah!...

ESCENA IV

Dichos. Mora, que sale corriendo por donde se fué, y el *Marqués de Montañaclara* y el *Vizconde de Alminares,* por el foro.

MORA. Ya viene, ya viene; lo he visto por el balcón del comedor. *(El Marqués y Alminares aparecen en este momento. Son dos "clubmen" muy elegantes. Alminares tiene cuarenta años y está muy bien conservado, a pesar de su ligera calvicie, y el Marqués luce una espléndida cabellera de plata bruñida por algunos pelos negros sobre la tez fresca y tersa. El labio inferior, rojo, húmedo y sensual, brilla como una llama bajo el bigote castaño, cuidadosamente recortado a lo yanqui. Viste un traje enterizo gris de irreprochable corte, y unas violetas en la "boutonière" son la única nota alegre en la severidad británica de su tocado.)*

VALE. Deja, mujer; no salgas a recibirle. ¡Que haga su entrada triunfal! *(Presentando el bastón como quien presenta armas, y cantando.)* "¡Ritorna vincitor!"

MARQ. Muy buenas tardes, Morita. *(Mora le salta al cuello.)*

MORA. ¡Oh, Tony, mi Tony! "¡Mon cheri magnifique!" *(Mientras Mora contempla embelesada, sin hablar, al Marqués, el Vizconde saluda a Clarita y hace una ligera caricia en el rostro a Paquita.)*

VIZ. Buenas tardes, gitanaza. *(A Paquita.)* Adiós, tú.

MORA. Pero ¿cómo has tardado tanto?

MARQ. Tenía que despedirme del otro padrino, del capitán: no le iba a traer aquí; y además quería quitarme el polvo siquiera. ¡Nos hemos batido en plena carretera!

MORA. Cuenta, cuenta, ¿cómo ha sido?

MARQ. Pues como un asalto de sala, con punta de arresto. Muy elegante, eso sí, y mi rival hecho un jabato.

VIZ. Y éste, hecho una fiera. ¡Qué agilidad! ¡Un pasmo, un asombro!

VALE. Como que hizo un taco al pobre Juanito. Una contra de cuarta, una toma de hierro, la flanconada, Juanito que levanta el brazo... y éste que se cuela...

MORA. Pero ¿usted lo vió?

VALE. No, señora; pero como si lo hubiera visto.

VIZ. Lo mismo opina de las comedias y de las corridas de toros... sin haber ido...

VALE. ¿Y qué falta hace verlo? Yo adivino, deduzco... ¡Inteligencia que tiene uno! Como que soy un crítico vidente e intuitivo...

MORA. Calle usted ahora; y tú, cuenta, cuenta...

MARQ. Ya sabes que no está bien. Sería jactancia. Además he hecho las paces con mi rival.

MORA. ¿Le diste la mano?

MARQ. ¿La mano? ¡Un abrazo! ¡Figúrate! Juanito es la primera espada de España; yo tengo cincuenta y un años...

VALE. ¡Coqueto!

MARQ. Y con mis cincuenta y un años a cuestas, lo he hecho saltar y le he agujereado un brazo. Me ha dado una prueba de mi agilidad y de mi juventud. ¡Qué menos podía hacer que abrazarle! ¿No les parece? *(En ese instante se vuelve, ve a las mujeres y hace una venia.)*

CLARA. ¡Hombre, gracias a Dios que ha reparao usté en nosotras!

VALE. Había reparado ya, sólo que se hizo el dis-

traído para que ustedes lo miraran. ¡Conozco a don Juan!

MARQ. ¡Hombre, Valerio!

PAQUI. *(Adelantándose.)* Pues yo le felicito y me alegro de que haya habido al fin ocasion de estrecharle la mano.

MORA. Pero ¿no se conocían ustedes? Pero ¿es posible?

PAQUI. Y tan posible. *(Por Alminares.)* Este me lleva a casa de todos sus amigos, pero al Marqués no.

VALE. ¡Miedo que tiene uno!

MARQ. *(Que habrá pasado entre Paquita y Clara. La colocación es ésta: de derecha a izquierda, Clara, Marqués, Paquita en un grupo a la derecha; Valerio, en medio de la escena; en el extremo izquierda, el Vizconde y Mora. Por Clara.)* Y a esta señorita ¿no me la presenta nadie?

MORA. Hombre, yo misma. La ya célebre Clara Gazul, la reina de las bailarinas andaluzas.

MARQ. Encantado, Clarita.

CLARA. Y yo. *(Se sientan todos.)*

MARQ. Conque ¿Clara Gazul? ¡Qué nombre tan literario!

CLARA. Como que me lo puso un amigo, el primer amigo que tuve, ¿sabe usted?, que escribía en los papeles y era muy romántico.

VALE. Y yo le digo que no le sienta el nombre; mejor haría en llamarse con su nombre de pila: Socorro, Socorrito, "Socorrito, la gitana". ¿No es un nombre cartelero y a propósito para una bailarina andaluza?

CLARA. ¿Le parece a usted?

MARQ. *(En voz baja, a Paquita, mientras Mora habla con Alminares.)* Desde luego, mirándola a usted a los ojos, que son dos balazos preciosos, a mí no se me ocurre otra cosa que pedir socorro.

CLARA. Ay, muchísimas gracias. Es un cumplido nuevo, ya ve usted. Eso de los balazos no me lo

había dicho nadie. Muchisimas gracias. ¿Qué puedo yo darle a usted en pago?

MARQ. ¿Darme usted a mí? El número de su teléfono.

CLARA. ¿Y eso pa qué?

MARQ. Para hablar con usted... sin verla. Hasta que me acostumbre y se me pase el miedo, Socorrito...

MORA. *(Desde su sitio.)* ¡Hola, hablando en secreto! ¿A que adivino lo que te ha pedido? El número de tu teléfono.

CLARA. *(Mientras el Marqués y todos los demás se ríen.)* Pero mujer, ¡por Dios!

MORA. ¡El número del teléfono! Se lo pide a todas. ¡Por ahí empecé yo! *(Todos se ríen. Ya se han sentado.)*

MARQ. ¡Mora!

PAQUI. ¡Caramba! Pues debe usted de tener acotada media guía.

MARQ. ¿Por qué?

PAQUI. ¡Ahí es nada! Porque, por lo visto, es su oficio de usted.

MARQ. Nada de eso. No soy un profesional del amor, soy sólo un "dilettante".

PAQUI. ¿Ah, sí?

MARQ. "Dilettante" de todo. De escultura, de literatura, de tennis, de alpinismo, de regatas...

PAQUI. Y de amor... No está mal.

VALE. Chico, va a ser cosa de pedirte la receta, el secreto.

MARQ. ¡Ja, ja, ja! ¡Tonto!

VIZ. ¿El secreto? Pues eso, el secreto. ¡Nada agradecen tanto las mujeres!

CLARA. Le diré a usted: menos cuando el hombre da postín y le gusta a uno lucirlo.

MARQ. Tratándose de mí, no valdría la pena.

PAQUI. ¡Caramba! Se hace usted el modesto y además presume de discreto. Como sistema no está mal.

MARQ. No, Paquita. No hay ningún sistema para jugar al amor.

CLARA. ¿Qué es eso de jugar al amor? El amor no es cosa de juego.
MARQ. Para mí, sí.
PAQUI. ¿Se ríe usted de él?
MARQ. Me sonrío, nada más. Nunca puse tristeza, ni celos, ni sospechas, ni reproches, ni amargura en el amor.
CLARA. ¡Pero si el amor es una tragedia, hombre de Dios!
MARQ. Una tragedia al modo pagano... acaso. Yo he respetado siempre su libertad, su alegría, que es... la esencia del amor. Nunca quise juntarlo con la muerte. Y, sin embargo, ahora... cuando ya... como dijo el poeta, con el cabello gris, me acerco a los rosales del jardín, quisiera que me pincharan un poquito las espinas. ¡Debe de ser tan agradable sufrir por amor!
CLARA. ¡Ay, que lo diga osté! Yo en el amor, en el teatro y en el cante, si no lloro no me divierto. ¡Soy trágica, na más que eso, trágica!
VIZ. Trágica, original y en verso. Pero para los coqueteos de este don Juan y las divagaciones erótico-filosóficas, ya es un poco tarde. *(Saludando a Mora.)* Nosotros nos vamos. Ya tiene usted aquí a su Tony, sano y salvo, que es lo que queríamos demostrar.
VALE. Y lo que no podía menos de acontecer.
CLARA. Pero ¿nos vamos a ir ya?
VALE. De usted no hemos dicho nada, preciosa.
PAQUI. Pero yo digo que el onceno... no estorbar.
MORA. Mujer, por Dios, qué empeño.
PAQUI. Nada, nada; quien tuvo y retuvo...
MORA. ¡Guardó para la vejez! Mujer, muchas gracias. ¡Vaya un cumplido!
PAQUI. No he querido decir eso, tú sabes que no. Hasta mañana, y enhorabuena.
CLARA. *(Besando a Mora como lo ha hecho la otra.)* Pos yo también enhorabuena, por lo que pudiera tronar.
VALE. Y yo.

VIZ. Y yo.

MARQ. ¡Y yo en la higuera; bonito papel! ¡Sois más tontos!

PAQUI. *(Despidiéndose del Marqués.)* Pues nada, don Irresistible. El teléfono de éste *(Por Alminares.)* es el mío. ¡Ya lo sabe usted!

VIZ. Me gusta la frescura. *(Da la mano al Marqués.)*

VALE. ¡Ja, ja, ja! Adiós, muchacho, que eso eres, un muchacho.

CLARA. Yo he tenido una barbaridad de gusto, y hasta más ver.

MARQ. ¡Hasta más ver! ¡Más ver! Pero mucho más.

CLARA. Eso, y que llore usted mucho, que ya sabrá lo bueno que es. ¡Ay! *(Suspira y dice por lo bajo.)* Quince cuarenta y cinco, Mayor.

VALE. *(Ya en el foro. Sale el último.)* Y, nada, ¡felices Pascuas! *(Mutis todos, menos Mora y el Marqués.)*

ESCENA V

Mora y el *Marqués.*

MORA. Muy bien, hombre. "In Ispaña, mille e tre".

MARQ. ¿Qué dices, Mora?

MORA. Si no quieres entenderlo en italiano, te diré el equivalente castellano y con versos de Zorrila: Otros dos nombres añado a mi lista numerosa.

MARQ. Pues bien, si yo quisiera, sí; pero todo esto se va a acabar.

MORA. ¿Cómo es eso?

MARQ. Eso es... Mira, Morita, yo sé que tú me quieres bien... y yo a ti...

MORA. Todo lo que tú puedas querer, que no es mucho.

MARQ. Todo lo que podía no era mucho; pero ahora puedo mucho más, y esto es lo grave. A ti quiero hacerte una confidencia, a ti necesito hacértela. Yo sé que, por lo que entre nos-

otros hubo, tú me guardas un buen recuerdo, y de ti puedo esperar un consejo.

MORA. ¿Un consejo? Pero ¿es que vienes pidiendo consejo? ¿De qué se trata? Siéntate. ¿De qué se trata?

MARQ. Se trata... de que he gritado: "Vacaguaré", el grito de mis guanches, ¡yo quiero morir!

MORA. ¡Como no te expliques mejor!

MARQ. Verás. En la tierra de mis abuelos, en mi tierra canaria, de donde es mi título, "Vacaguaré", que significa: "quiero morir", era, en el idioma aborigen, el grito de la raza heroica y suicida que no quiso sobrevivir a la victoria de los conquistadores. De allí fué aquel guanche Thanausú, príncipe de Aceró, que llevado cautivo a España para ser presentado a los Reyes Católicos como trofeo triunfal del Adelantado, rehusó todo alimento y se estranguló con sus propias manos en la cubierta del barco, vueltos los tristes ojos a la patria, que se hundía en el azul. "¡Vacaguaré!" Yo quiero morir, había gritado antes en su dialecto el héroe desterrado y cautivo y, sin violencia alguna, en horas de renunciamiento, decían también lo mismo los ancianos y los enfermos sin esperanza, pidiendo ser transportados a la cueva, a la gruta sepulcral, donde, tendidos en una yacija de pieles, con un vaso de leche a la cabecera, se dejaban perecer, aguardaban la muerte sin buscarla, con el resignado estoicismo que seguía a la fiereza lacedemónica del grito: "¡Yo quiero morir!" Y eso digo yo ahora, yo quiero morir, yo quiero casarme, que es lo mismo. *(Se ríe.)*

MORA. ¡Ja, ja, ja!

MARQ. No te rías tú también, Mora, no te rías, que si yo lo hago es de miedo, mi palabra de honor. Pero no te rías tú.

MORA. Si no me reía de ti. Me reía de la frase. Tu resolución pudiera ser en otro hombre una tontería; en ti puede ser un ataque de sensatez.

En fin, ya no cabe más que esta pregunta: ¿Quién es ella? ¿Lo puedo yo saber? ¿Quién es ella?

MARQ. Ella es... tiene un nombre simbólico. A mí me trae la evocación de una flor y de una espina... Ella es... la señorita Fina Clavet.

MORA. ¡Jesús! No es un ataque de sensatez, no; es un ataque de locura. ¡Jesús! Pero ¿qué edad tendrá esa chica? ¿Diez y ocho, veinte años?

MARQ. Diez y nueve, ¿y qué? ¿Me vas a decir que soy viejo para ella?

MORA. No; ni yo ni nadie puede llamarte viejo. ¡Tú no serás viejo nunca! Cuántas veces te he oído decir, me lo decías a mí cuando se iniciaba este otoño, cuando iba a acabar lo que en mí no ha acabado...

MARQ. No me hables de eso ahora.

MORA. No, si no hablo, si no reclamo nada, si no quiero nada. Me decías a mí, cuando iba a acabar esto que en mí fué todo, lo único que cuenta en mi vida, que en ti no fué nada, un pasatiempo, me decías a mí: las mujeres hermosas no tienen edad. Yo te digo a ti ahora, con lo más profundo, con lo más sincero de mi admiración: los hombres amados, los hombres nacidos para el amor, no tienen edad. Son amados siempre, aunque sean viejos, como el Barón Hullet, como Richelieu, como Lamartine...

MARQ. ¡Ah, Mora la intelectual, Mora la erudita!

MORA. Calla, calla. Pero tú ahora, de amado, te conviertes en amante; no quieres enamorar, te has enamorado tú... y ahora... me da miedo.

MARQ. Toma, y a mí también; pero dime la verdad, dime qué opinas.

MORA. Pero ¿es que puedo yo opinar? Queriéndote como yo te quiero ahora, es tu felicidad lo único que me interesa; si crees, si sientes que vas a ser feliz, allá tú. Pero oye: ¿tú sabes que Valerio Valero, tu amigo, está loco por Fina?

MARQ. ¿Y tú no sabes que el amor no tiene escrúpulos de esa clase? Bastante me importa a mí Valerio ni nadie. Si hace falta luchar, lucharé. Otro encanto que tiene el lance. Además, que él esté loco por ella no quiere decir que ella lo esté por él.

MORA. Quiere decir entonces que lo está por ti.

MARQ. No lo sé.

MORA. ¿Cómo?

MARQ. No lo sé. No sé ni cómo empezó esto. Una tarde, esta primavera, en el paseo de coches del Retiro, sentí, sin verlos, el peso de unos ojos sobre mí. Tres, cuatro veces en un punto del paseo sentí que me miraban, y cuando yo también miré al fin... me encontré con los ojos claros y dulces de Fina. Y ahora los veo siempre, siempre .. de noche; a solas en mi alcoba, la luz de esos ojos claros no me deja dormir.

MORA. Pero ¿no le has dicho que la quieres?

MARQ. Sí, con los ojos, sí. Pero a ella, a ella...

MORA. A ella, que no es una mujer de mi clase, no te atreves a decírselo en forma más expresiva. ¡Ah, pícaro! Has sido siempre de presa, te conozco. Lo que no decían tus labios, lo decían primero tus ojos, tus manos después.

MARQ. ¡No te rías! Convengo contigo en que soy incapaz de una declaración de amor propia de novela o de una escena de teatro, una de esas declaraciones que sólo pueden soportarse en verso o con música, y esto es lo grave: como con ella no puedo usar mis procedimientos, estoy perdido. Nunca les dije a las mujeres que las quería, lo adivinaron ellas.

MORA. O te lo dijeron antes...

MARQ. Es igual. Y si no lo dije cuando era fácil, cuando podía fingir y buscar palabras, ¿cómo sabré decirlo ahora que es verdad? Nunca quise. Deseé, me dejé querer. Y ahora quiero, y si no me quieren, estoy perdido.

ESCENA VI

Dichos y la *Doncella,* por el foro.

DONC. Señorita, con permiso de usted. Esta tarjeta...
MORA. A ver. *(Cogiendo la tarjeta.)* ¡Tu sobrino Gabriel!
MARQ. Pero ¿está aquí? ¡Me gusta la osadía! ¡Hombre, es lo que faltaba!
DONC. Viene muy confuso: que le pasara esta tarjeta a la señora, que hiciera el favor de preguntar si había venido el señor.
MARQ. Pues dígale que no he venido.
DONC. Es el caso, señor, que...
MARQ. Dígale que no vivo aquí.
MORA. Eso ya lo sabe él.
MARQ. ¿Sí, eh? Pues por eso no debía haber venido.
MORA. Pero Tony...
MARQ. ¿Es visita de la casa? ¿Es tu amigo? Pues entonces...
MORA. Es tu sobrino...
MARQ. No basta, y no entra. ¡No quiero yo que entre!
MORA. ¿Porque es mi casa? No creerás tú, no puedo suponer que lo creas, que sea una deshonra para...
MARQ. ¡Oh, no, eso no! Que pase, que pase. *(La criada hace mutis.)* Tú lo quieres, y pasa, pero... ¡me va a oír!
MORA. Pero ¿qué tiene de particular? Es naturalísimo que venga, sabiendo lo del lance; como no te ha visto después, estará impaciente...
MARQ. Yo le enseñaré a tener más paciencia y menos nervios.

ESCENA VII

Mora y el *Marqués* y *Gabriel,* por el foro. Es un muchacho de poco más de veinte años.

GAB. ¡Tío!...
MARQ. ¡Sobrino! Lo primero que haces es inclinarte ahí, a la señora, y pedirle perdón...



MORA. ¡Tony, por favor! Encantado, joven, viene usted a su casa...

GAB. Señora, perdóneme usted...

MORA. No me explique usted nada. Viene usted a su casa le he dicho, y se lo repito. Siéntese usted.

MARQ. No, que no se siente. ¡No te sientes! Ya me ha visto, pues hala. Ahora te vas.

GAB. Tío, yo..., perdóneme usted..., como usted no venía...

MARQ. ¿Y qué?

MORA. Pero...

MARQ. Un momento, Mora. *(Al chico.)* ¿Es que tengo yo la obligación de ir a casa cuando tú quieras? ¿De decirte a ti lo que hago, de dónde voy y de dónde vengo?

GAB. No, tío, pero... como no le veía a usted...

MARQ. ¿Es que es razón suficiente ésa para que llegues a una casa que no conoces a preguntar por mí? ¿Qué te figurabas? ¿Que me iba a matar? Te podías guardar tu miedo. Es una ridiculez. ¡Basta! Ya me has visto. Ahora, andando... *(Gabriel baja la cabeza e inicia el mutis.)* ¡Gabriel! ¿Qué es eso? ¿Te vas sin despedirte?... *(Gabriel vuelve.)* ¿Ya no tenemos ni educación?

MORA. Déjalo, Tony. ¡Qué prontos, Dios mío!

MARQ. ¿Qué cara es ésa? ¿Es que vas a echarte a llorar? ¡Eres tonto!

GAB. No, tío... pero... *(Casi haciendo pucheros, muy avergonzado.)*

MORA. No llorará, pero se siente, ¿verdad? Es demasiado genio, Antonio. El chico no ha hecho nada malo...

GAB. No... señora... Si mi tío tiene razón...

MARQ. ¡Pues no! ¡No la tengo, ea! Ven acá. Ven acá, tonto *(Le acaricia la cara.)*, más que tonto... Aquí me tienes. No me han hecho nada, no me ha pasado nada. ¿Qué te figurabas?

GAB. ¡Tío, tío!... *(Se abraza a él.)*

MARQ. ¡Vamos! No me hagas ahora una escena sentimental. ¡Tonto, tonto! Hay que ser más discreto y tragarse el miedo..., que a mí nadie me come... Anda, anda, crío. ¡Que no eres más que eso, un crío!

MORA. Y tú otro. ¡Señor, Señor! Hay que ver qué genio y qué cambios...

MARQ. Pues perdóname. Tienes razón. Tenéis razón los dos. Pero riño, como pudiera reír, y saltar, y correr, y cantar, y romper algo. No sé. ¡Nervios! ¡Fuerza! Ganas de moverme, de agitarme. ¡Alegría!... Vida que me llena el cuerpo, que rebosa, que me sobra, que gasto y que regalo. ¡Anda, anda, se acabó!...

MORA. Eso es, se acabó. Siéntese usted.

GAB. Gracias, señora.

MORA. Aunque no le conocía personalmente, mucho tenemos hablado de usted su tío y yo. Y he visto muchos dibujos de usted en las revistas ilustradas. ¡Es usted un gran pintor!

GAB. Señora, usted me confunde...

MARQ. No lo es todavía, pero lo va a ser, lo sera, que para eso lo pierdo...

MORA. ¿Cómo?

GAB. No me pierde, no, señora; es que voy a Buenos Aires.

MORA. ¿A Buenos Aires?

MARQ. Sí. Quiero yo que se vaya; que vea el mundo. Que se le llenen los ojos de visiones para que se le llenen de fiebre las manos y pinte... y a ver si, solo, se le quita esta timidez, este miedo...

GAB. Le advierto, tío, que no con todos tengo el mismo genio. Usted... es usted...; pero a otro...

MARQ. Hola, hola... ¡Pues más vale así!

MORA. ¿Y es pronto el viaje?

GAB. La semana entrante, señora... Pero vuelvo en seguida...; no quiero morirme lejos de mi tío.

MARQ. Pues cuando vuelvas, acaso encuentres una sorpresa...

GAB. ¿Una sorpresa, tío?...

MARQ. Sí. Pero no te apures. Te prepararé para ello. Tengo que hacerte una revelación, tal vez que pedirte consejo... permiso acaso...
GAB. ¿Permiso a mí?
MARQ. *(Sí, con la cabeza.)*
MORA. ¿Puedo yo proponer una cosa?
MARQ. Dí. ¿Cuál?
MORA. ¿Quieres hacerle a tu sobrino esa revelación de sobremesa... aquí? Una comida de reconciliación y de proyectos.
MARQ. ¿Me dejarás libre pronto?
MORA. Libre... ¡cuando quieras! Cenas... y te vas. No sé que nadie pueda atentar a tu libertad.
MARQ. Ahora quiero yo que atentes...
MORA. Pero yo no...
MARQ. Pues acepto. Gabriel, haz el favor de ir a casa, de vestirte de frac, de decirle a Marcos que te dé el mío y lo traes en un auto. Me vestiré aquí.
GAB. Ahora mismo.
MORA. De frac para comer en mi casa... ¡Hombre!
MARQ. Es que... esta noche hay ópera en la Zarzuela, que ahora ha ascendido a Real, y... Vé, Gabriel, vé... y vuelve pronto.
GAB. Con su permiso, señora... ¡y muchas gracias! Hasta ahora, tío... *(Mutis.)*
MORA. ¿Va ella esta noche a la Zarzuela?
MARQ. Sí. Oye, ¿podrías invitar a comer a ésa... a Clarita Gazul?
MORA. ¿A Clarita? Pero...
MARQ. Para que seamos dos parejas y no se aburra el muchacho... por lo mismo que lo he reñido, sin razón.
MORA. ¿Por el muchacho o por ti?
MARQ. Por..., por el muchacho, no seas mal pensada. Su teléfono es... *(Quiere sacar la agenda.)*
MORA. No te molestes, que yo lo sé. Veremos si puede venir.
MARQ. Tú dile que estoy yo...
MORA. ¡Ah, sí! ¡Caramba! Vendrá para el sobrino, ya lo creo, pero ¡no estás tú mal tío! *(Al telé-*

fono.) Central... 15-45, Mayor. *(A él.)* Te complazco; pero estás completamente loco.

MARQ. Acaso...; pero con una divina locura, que es mi segunda juventud. *(Se sienta en el sillón de la izquierda, frente al público.)* He encontrado al fin una mujer ante quien puedo decir la frase heroica de mis guanches: "¡Vacaguaré!" ¡Quiero morir!

MORA. Mira que yo sufriendo por ti toda la tarde... y ahora...

MARQ. Calla, mujer, ¿no eres mi buena amiga?

MORA. Sí, la amiga que más te quiere. Recuerdo ahora unos versos de Manuel Machado que te van como de perlas...

"Y sin ser un tenorio, eso no...
tengo una que me quiere
y otra a quien quiero yo..."

MARQ. Pero...

MORA. *(Al teléfono.)* Chts. Sí, sí... ¿Está Clarita? Dígale, de parte de Mora... sí, de Mora, que se ponga al aparato... *(Espera.)*

MARQ. *(Como soñando, viendo las espirales del humo.)* ¡Fina Clavet! Flor... Espina... Tiene el sol en los cabellos, tiene el mar en los ojos... ¡y yo quiero morir!

TELÓN

ALLEGRO, MA NON TROPPO

ACTO SEGUNDO

Sala elegante en casa de doña Carmen de Clavet. Huerta al foro centro y un arco grande que comunica con otro salón o con un pasillo. Laterales en primer término a derecha e izquierda. Muebles indispensables. A la derecha, en primer término, despegados de la pared, un estrado, sofá y dos sillones. A la izquierda, primer término, un piano vertical o de media cola, escorzado también, como se verá luego que conviene al servicio escénico. Una silla en primer término izquierda. Es por la tarde.

ESCENA I

Doña Carmen, Fina y *Valerio.* Doña Carmen es una mujer de unos cuarenta y cinco años, señora elegante, corriente, y está sentada en el sillón de la izquierda. Fina ya hemos dicho su edad, y que tiene el sol en la frente, y en los ojos tiene el mar. Está sentada en el sillón de la derecha. En el sofá, relativamente en medio de las dos mujeres, Valerio, que viste de chaquet y, como los cursis, no ha abandonado el bastón.

VALE. Después de todo, lo pasamos bien. Siquiera, por la gente. El teatro estaba brillantísimo, ¿verdad, Finita?

FINA. ¿Por la gente nada más? Yo, cuando voy a la ópera, no me fijo en la gente; sobre todo, si la ópera es "Tristán".

VALE. Usted, como es una pianista excelente, claro; pero nosotros, los profanos... Además, que para mí el teatro tenía anoche un interés especial.

FINA. ¿Un interés especial, que no era la música de Wágner? Pues mal gusto, ¡qué quiere usted que le diga!

VALE. O modestia de usted, ¡qué quiere usted que le diga! ¿Verdad, señora!

CAR. ¡Ay, yo no sé! Ella es la que debe entender.

FINA. Y entiendo, ¿por qué lo he de negar? Poco, pero entiendo.

VALE. Pues parece que no quisiera usted entender.

FINA. ¿Porque me gusta el "Tristán"?

VALE. No; no por eso...

FINA. Yo no comprendo cómo hay quien desprecie la música de Wágner.

CAR. No todos son como tú, hija, y como tu padre. En eso has salido a él.

VALE. ¿Es muy músico don Joaquín?

CAR. ¡Huy, muy aficionado! Un wagnerista rabioso. En su juventud iba a Bayreuth todos los años. Pero no sabe tocar ningún instrumento.

FINA. Eso qué tiene que ver, mamá.

VALE. Pues que oír tiene menos.

FINA. ¡Vaya por Dios! Pasemos el chistecito.

CAR. ¡Chica! ¡Hay que ver lo malhumorada que te pones cuando te tocan a tu músico predilecto!

VALE. Además, que nadie daba contra él, Finita. Yo he querido decir solamente que anoche, en el teatro, había algo más interesante que Wágner, y así es la verdad: estaba usted.

FINA. ¡Ay, muchas gracias!

CAR. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué chica! Si nadie opina de Wágner, mujer; lo que pasa es que no todos lo entendemos, y yo, como no lo entiendo y quiero entenderlo, pues no me divierto, porque tengo que hacer un esfuerzo de atención enorme, y me canso. A mí, óperas antiguas, de esas que no se oyen nunca por primera vez, porque no recuerda una cuándo fué el primer día que las oyó, y como sabe una muy bien todos los trozos, mientras cantan lo que a una no le gusta, se distrae una, y cuando llegan el aria o la romanza conocida, se atiende y se divierte una, y así es menos pesado. No todos van a ir al teatro a estudiar.

FINA. ¡Ay, mamá, por Dios, qué cosas dices!

VALE. Después de todo, Finita, su mamá da una prueba de bondad y de ingenuidad: ése es el sentimiento de los niños a quienes les entre-

tiene que les cuenten siempre el mismo cuento; pero no se enfade usted conmigo; si hace falta ser wagneriano, lo soy inmediatamente. Ahora que, mientras usted no me inicie, sólo me gusta la música clara, pegadiza, la que uno puede repetir y tararear.

FINA. Sí, sí; la que se oye sólo con los oídos.

CAR. Ya está: la sentencia de su padre. Mi marido no se cansa de repetir que no debe considerarse la música como una sensación que entra por el oído. ¿Por dónde querrá que le entre a uno, quisiera yo saber? En fin, con usted no gasto cumplidos, Valerio. Tengo unas cosillas que hacer por ahí dentro, y está usted en su casa.

VALE. Muchas gracias.

CAR. No dirá usted que no se le trata con confianza.

VALE. Señora, usted me confunde.

CAR. Pero conste que me atrevo a dejarlo porque lo dejo en buena compañía. ¡Hala, hala: a pelearse, aunque sea por Wágner, que eso es bueno!

VALE. Muchas gracias, señora, muchas gracias. *(Mutis Carmen lateral derecha.)*

ESCENA II

Fina y Valerio.

VALE. Su mamá es una señora muy discreta. ¿No le parece a usted?

FINA. Como crítico de arte, no.

VALE. Bueno. Como crítico de arte, no; pero muy discreta y muy bien intencionada, por lo menos, para mí. ¿No le parece a usted?

FINA. *(Más con el gesto que con la voz.)* ¡Ah, no sé! *(Pausa breve. Valerio está de pie.)*

VALE. ¡Ay, Finita, Finita! Le dije a usted que no quería entender, y tengo que repetírselo ahora. ¡No quiere usted entender!

FINA. *(Sin moverse de su sillón, mirándole con un aire entre burlón e insolente.)* ¿De veras cree usted que soy yo quien no entiende?

VALE. Quien no quiere, que no es lo mismo. Y usted... no quiere.

FINA. *(Con el mismo aire.)* No sé. *(Para evitar la mirada fija y conquistadora de Valerio, se pone a jugar distraídamente con un libro que está encima del sofá.)*

VALE. ¿Es muy interesante ese libro?

FINA. ¡Ay, mucho!

VALE. A ver. *(Se acerca y mira la cubierta, y exclama, leyendo el título.)* "Aimé des femmes": amado de las mujeres.

FINA. ¿Lo ha leído usted?

VALE. No.

FINA. ¡Ay! Es interesantísimo. Es la novela de amor más bonita y más lógica y mejor que he leído. Un encanto. Y es la vida, ¿eh?, la vida. Un hombre otoñal, ¿sabe usted?, ya maduro; pero con el prestigio y la atracción de su experiencia y de sus aventuras. Un hombre que ha viajado, que ha amado mucho. ¡Más romántico! ¡Más sentimental! Pero lo oculta, ¿sabe usted? Por buen gusto. Y claro, es encantador. En cada capítulo hay dos o tres mujeres locas por él. Gran deportista, árbitro de la elegancia; en fin, ¡interesantísimo, interesantísimo!

VALE. Vamos, algo así como la historia de Antonio Montañaclara escrita en francés.

FINA. Pero ¿de veras el Marqués de Montañaclara es así?

VALE. Algo así es.

FINA. ¿Y hace mucho que son ustedes amigos?

VALE. De toda la vida; es decir, de hace mucho tiempo, porque él es bastante mayor que yo.

FINA. ¿Y es verdad que ha tenido tantas historias, tantas aventuras?

VALE. Muchísimas.

FINA. ¿Y usted ha conocido a algunas de esas aventuras?

VALE. Por fotografía. De vista y de trato..., sólo a una.

FINA. ¿Quién es? ¿Quién es?

VALE. Eso no se puede decir.

FINA. ¿La conozco yo?

VALE. Seguramente no; es una mujer de otro tiempo.

FINA. ¡Ah! ¿Y usted ve con frecuencia a Montañaclara?

VALE. A diario. Voy a despertarle a su casa todas las mañanas.

FINA. Tendrá una casa muy bonita, ¿verdad?

VALE. ¡Psch! Una "garçonniére" alegre, un pisito bajo, lejos del centro, en el Madrid nuevo; unas armas, unos bibelotes, un centenar de libros, algunas esculturas que él mismo hace, porque es aficionado; una mesa española antigua, unas telas de Damasco en las paredes, y entre los pliegues de los damascos, muchos retratos de mujeres, y en las arrugas del corazón, muchos recuerdos de amor.

FINA. ¡Qué interesante! Pero en la cara no tiene arrugas. La tez fresca, por el contrario, que hace tan bien bajo el pelo blanco. ¿Usted lo quiere mucho?

VALE. Mucho, y le admiro; pero usted también lo conoce. ¿No es su amigo?

FINA. ¿Se lo ha dicho a usted él?

VALE. No; pero anoche sí que fué a visitarlas al palco, y...

FINA. ¡Ah, sí! He bailado alguna vez con él en el Dancing. ¡Baila más bien! ¡Lleva la pareja con una suavidad, con una maestría! Y también he jugado con él al tennis dos o tres veces. Claro que siempre venció él.

VALE. Sí, él vence siempre; le pasa lo contrario que a mí, que voy a ser vencido.

FINA. ¡Ay! ¿No sabe usted jugar al tennis?

VALE. ¡Fina, por favor! Ya ha visto usted que le he

dejado charlar esta tarde de todo lo que ha querido, aunque a mí no me interesaba.

FINA. ¡Hombre!

VALE. Que cuando ya, hasta con la protección tácita de su mamá, iba a hablar de lo único que me interesa, he seguido pacientemente, por no enfadarla a usted, el giro que la casualidad o usted dieron a la conversación; pero ya no puedo más, y usted lo sabe: necesito una respuesta a mi carta. *(Pequeña pausa.)* ¿No ha recibido usted mi carta de esta mañana?

FINA. Sí; pero yo no le había a usted autorizado...

VALE. En mi carta no había ninguna ofensa: todo lo contrario.

FINA. Pero yo no le había autorizado.

VALE. Hágase usted cargo, Fina. Hace casi un mes que busco, sin encontrarla, la ocasión de hablar con usted; anoche, que iba decidido a decirle todo lo que siento por usted..., usted no tenía oídos más que para la música de Wágner.

FINA. Es que...

VALE. Ahora mismo yo, que de mío soy locuaz, parlero, hasta chistoso, según dicen mis amigos, estoy balbuciendo y no sé juntar las palabras que necesito. ¿Qué quería usted que hiciera? Confiarme a una carta...

FINA. Que yo no había autorizado, se lo digo por tercera vez.

VALE. Pero ¿la he ofendido a usted?

FINA. No.

VALE. Y ¿entonces?

FINA. Amigo Valerio, ¿vamos a no hablar de ello?

VALE. Pero ¿es posible? ¿Eso es todo lo que me contesta usted?

FINA. Yo quiero ser su amiga, su buena amiga, Valerio.

VALE. ¡Mi buena amiga! ¿Y nada más?

FINA. Nada más. Es bastante, y yo no puedo pensar en otra cosa.

VALE. Bien, bien... Si no puede usted pensar, si no

piensa ahora en nadie, eso es un consuelo para mí; pero pensará usted algún día. ¿No es eso? Yo sé esperar.

FINA. No espere usted.

VALE. ¿Nunca?

FINA. No espere usted.

VALE. Entonces, ¿son unas calabazas en toda regla?

FINA. No se empeñe usted; le repito que soy su amiga, y que no quisiera dejar de serlo.

VALE. Pero ¿es que no ha leído usted mi carta? ¿Es que cree usted que a una amiga, nada más que a una amiga, se le puede escribir así?

FINA. Por eso no quería darme por aludida: era lo mejor. Yo tengo su carta por no escrita, y voy a devolvérsela a usted.

VALE. ¡Oh, no, no; rómpala!

FINA. Eso, no. Las cartas son siempre propiedad de quien las escribe, no de quien las ha recibido, y voy a devolverle a usted la suya.

VALE. Pero...

FINA. Sí; se la traigo a usted en seguida, es mejor. Un minuto, Valerio. *(El hace un movimiento.)* Es mejor. *(Mutis lateral izquierda.)*

ESCENA III

Valerio, que da un paseíto muy malhumorado, y el *Marqués de Montañaclara,* por el foro. Viene, como siempre, impecable. Americana negra de una fila, sin ribetear; pantalón de corte, oscuro; chaleco blanco Goya, de franela.

MARQ. ¡Caramba! ¡Querido Valerio!

VALE. *(Asombradísimo.)* Pero... ¿tú, tú?... Pero... ¿tú, tú?... ¡Pero...! *(Sin darle la mano.)*

MARQ. Yo, hombre, yo. ¿Qué te pasa?

VALE. No...; a mí, nada; no...; a mí, nada.

MARQ. *(Conteniendo a duras penas la risa.)* Pero ¿qué cara de asombro es ésa? ¡Ja, ja!

VALE. No..., si..., claro..., estábamos hablando de ti...; yo no te esperaba...; de repente surges

como un fantasma..., ¡naturalmente, estoy helado!

MARQ. ¡Bueno, eres inmenso!... ¡Ja, ja! Deja que me tape la boca, que reírse a carcajadas es una ordinariez. *(Se tapa la boca con el pañuelo y se ríe con toda su alma.)*

VALE. ¿Es que te ríes de mí?

MARQ. ¡Pues claro, hombre! ¿No me he de reír? Te encuentro aquí solo, en una casa que no es la tuya, con una cara que no es la tuya, una cara de estúpido...

VALE. ¡Hombre, Antonio!...

MARQ. Ya te he dicho que no es la tuya... ¡Ja, ja! ¡Pero hombre!...

VALE. Es que... no esperaba verte, no, señor; no esperaba. Digo la verdad: no esperaba.

MARQ. ¡Ah, ni yo tampoco! Pero no veo la razón del asombro. ¿Qué te pasa además de la heladez? ¡Ja, ja! Bueno; yo quisiera, yo quisiera que te miraras en un espejo; mírate, hombre, hazme el favor; tienes una cara extrahumana.

VALE. ¿Yo?

MARQ. Sí, hombre, sí; eres la caricatura de ti mismo.

VALE. ¡Ah!, pues no sé, no sé; yo no tengo nada.

MARQ. Pues... ¡felices Pascuas! ¡Ja, ja, ja! ¡Que he dicho felices Pascuas! ¿Ah, no? A ti te pasa algo grave, Valerio. Cuando tú no pronuncias tu saludo habitual..., es que ..

VALE. *(Con una sonrisa de conejo.)* ¡Je, je! ¡Felices Pascuas, Antonio!

MARQ. Vaya, hombre, gracias a Dios. *(Le estrecha la mano.)* Pero es verdad, chico: estás hecho un sorbete. ¿Qué te pasa? ¿Cómo aquí tan solo?

VALE. ¡Je! Pues... Fina..., pues...

MARQ. Fina, ¿qué?

VALE. Fina..., ¿sabes? Estuvo aquí. Ahora vuelve.

MARQ. ¡Ah!, muy bien.

VALE. Oye: ¿tú estás enamorado de Fina? ¿Tú vienes aquí por Fina?

MARQ. ¡Caramba! ¿Te has vuelto indiscreto de repente?

VALE. Es que yo, sí; yo estoy enamorado de Fina; yo vengo aquí por ella.

MARQ. ¡Ah, muy bien! Pues a mí me tiene sin cuidado.

VALE. *(Muy alegre.)* ¿Fina? Entonces...

MARQ. No; lo que me tiene sin cuidado es que vengas y a lo que vengas. Por lo demás, nunca te hice confidencias, y tampoco espero las tuyas.

VALE. Está bien.

MARQ. Naturalmente que está bien. Pues no faltaba más.

ESCENA IV

Dichos y *Fina,* por donde se fué.

FINA. ¡Marqués! ¡Tanto bueno por esta casa!

MARQ. ¡Señorita! *(Se saludan.)*

FINA. Con permiso de usted. *(Entrega a Valerio la carta que trae en la mano.)*

VALE. Gracias...; es decir, no: desgracias... Pues... nada; eso es, nada. ¡Qué le hemos de hacer! Nada. Les quito a ustedes la molestia.

MARQ. Pero ¿qué estás diciendo?

VALE. *(Ya en el foro.)* Nada. A los pies de usted. Adiós, Antonio.

MARQ. Adiós, hombre. ¡Y felices Pascuas!

VALE. *(Avanzando.)* Mira, Antonio: no seas cruel. Yo..., yo..., yo soy tu amigo, tu admirador; no seas cruel. Con otro, lucharía, porfiaría..., me mataría; contigo, no; ante ti, no.

MARQ. Pero ¿qué dices? Pero ¿estás loco?

VALE. Tratándose de ti, lo dejo todo, te lo cedo todo.

MARQ. ¡Eh, despacito por las piedras!

VALE. ¿Qué dices?

MARQ. Que despacito por las piedras. Para ceder hace falta tener, y tú no tienes nada que cederme.

VALE. Te cedo el campo.

MARQ. Gracias. Pero tampoco era tuyo, por lo visto.

VALE. *(Haciendo mutis, muy incomodado.)* ¡Buenas tardes!

FINA. *(Haciendo una reverencia cómica.)* ¡Felices Pascuas! *(Fina y el Marqués se miran y rompen a reír a la vez.)*

ESCENA V

Fina y el *Marqués.*

FINA. ¡Ja, ja, ja! ¿Sabe usted lo que acabo de entregarle?

MARQ. No; ni lo pregunto.

FINA. Pues una carta; una carta suya, una declaración de amor..., que le devuelvo.

MARQ. ¡Pobre!

FINA. ¿Lo siente usted?

MARQ. Por amor al prójimo. No quisiera que me hubiese pasado a mí.

FINA. A usted no le puede pasar.

MARQ. Claro, porque yo no escribo cartas de amor.

FINA. ¿Nunca?

MARQ. Nunca.

FINA. ¡Ah, vamos! Se declara usted verbalmente.

MARQ. Tampoco.

FINA. ¿Nunca?

MARQ. Nunca.

FINA. ¡Vaya por Dios! Pero siéntese usted, siéntese. *(El lo hace en el sofá.)* Y perdóneme si le he dejado tanto tiempo de pie. Voy a avisar a mamá.

MARQ. ¿A mamá? ¿La he asustado a usted?

FINA. ¿A mí?

MARQ. ¡Como quiere usted llamar a su mamá!

FINA. ¡Ja, ja, ja! Tiene gracia.

MARQ. ¿Qué es lo que le hace a usted gracia?

FINA. *(Yendo a sentarse a su lado en el sofá.)* ¡Eso! Que suponga usted que me asusta. No me asusta usted, no.

MARQ. Ni quiero, mi palabra de honor. *(Pausa. Se miran.)*

FINA. *(Suspirando.)* ¡Ay! Ha pasado un ángel.
MARQ. ¿Otro?
FINA. ¿Ah, sí? ¡Ja, ja, ja! ¡Gracias a Dios! Va uno.
MARQ. ¿Decía usted?
FINA. Nada; yo me entiendo.
MARQ. ¡Ah!, perdón. Ni una palabra más.
FINA. ¿Ni una palabra más? Entonces va a pasar otro ángel. Pero como tenemos que hablar de algo, ¿no le parece a usted?, hablemos en serio. ¿De qué hablamos?
MARQ. De...
FINA. Aguarde usted: empezaré con una fórmula. ¿A qué debo el gusto de ver aquí al caballero?
MARQ. Pues... a eso: al gusto del caballero.
FINA. Vaya, ¡ya van dos!
MARQ. Hacía una tarde lluviosa, tan triste; había en la calle una niebla tan apelotonada, tan negra, que necesitaba un poco de sol..., y he venido.
FINA. ¡Tres!
MARQ. ¿Decía usted?
FINA. Que aquí no hay sol. Hay una sombra suave.
MARQ. Una sombra dorada, como en los cuadros del Ticiano.
FINA. ¡Cuatro!
MARQ. ¿Cuatro?
FINA. Sí, señor.
MARQ. ¡Ja, ja! Bueno, Finita; usted sabrá las cuentas que está haciendo, porque yo...
FINA. Sí, señor. Pero le advierto que hace un rato largo que estamos diciendo tonterías.
MARQ. Pero como nadie nos oye..., ¿qué más da?
FINA. Tiene usted razón. *(Pausa. Se ríen los dos.)* Y hablando de otra cosa, ¿se puede saber qué disputa contenida tenía usted con Valerio cuando yo entré?
MARQ. Por lo que a mí se refiere, no era disputa; por él, acaso. De todas suertes, hubiera sido una disputa disparatada e inútil. Como si dos candidatos riñeran por un elector, siendo el elector quien elige.
FINA. ¡Vamos! Y el elector, ¿cómo se llama?

MARQ. El elector es una dama, y el elector se llama amor.

FINA. Está usted hablando en verso sin saberlo.

MARQ. Es que cuando hablo con usted no sé lo que hablo; pero sí sé lo que siento, y de tanto como siento..., no lo puedo decir.

FINA. Pues lo dice usted divinamente. Siga usted, siga usted.

MARQ. Nada más.

FINA. ¿Cómo que nada más? Siga usted; ahora hay que seguir con la disputa dichosa. Quedamos en que el elector, en este caso, no era elector, sino electora. ¿No es así?

MARQ. Así es, Fina, y como era una dama, ¿a qué ocultarlo?, por eso le he dicho a usted que no había disputa. Yo no riño jamás por una dama.

FINA. ¿Cómo, cómo? ¡Ay, ay! Eso sí que no lo entiendo. ¿Que no es usted capaz de reñir por su dama?

MARQ. Por la mía, sí. Por defenderla, sí, hasta dar toda mi sangre, hasta morir. Por conquistarla, no.

FINA. ¡Ay! ¿Y por qué?

MARQ. Porque... es inútil. Sí, Fina, sí. Se riñe por la posesión de una cosa inanimada, por un objeto, hasta por un animal del cual puede uno apoderarse; por una mujer, no; porque a la mujer no se la toma: es ella quien se da. No hay donjuanes. No hay conquistadores. Es la mujer quien conquista cuando quiere, y cuando no quiere..., rechaza. La victoria del hombre consiste en ser atacado..., y no atacante. Sólo entonces, cuando es vencido, vence.

FINA. ¡Caramba! ¡Qué difícil es eso!

MARQ. La mujer tiene en el amor una voluntad inalienable; es la reina, la soberana, la diosa, la que elige, la que escoge, la que prefiere, y hay que dejarle libre su derecho de elección, el ejercicio de esta preferencia, que en el fondo es todo orgullo y todo el halago del hombre

preferido. Hasta en las especies animales es así. ¿Ha visto usted, Finita, alguna vez, a los pavos reales cortejando a la hembra?

FINA. No.

MARQ. Es muy curioso. Se ponen en rueda, forman una teoría y abren todos el abanico de sus colas policromas para que la hembra escoja aquel cuyo plumaje le parece más hermoso.

FINA. ¡Qué bonito! Pero qué injusto.

MARQ. ¿Por qué?

FINA. Sí; muy injusto. Porque la pava, como la mujer, elige sólo entre los que quieren ser elegidos, y a veces ya ha elegido ella antes, y como el preferido no viene a hacerle la rueda y ella no tiene cola de plumas policromas, pues... a lo mejor, o a lo peor, se muere de impaciencia diciendo tonterías y callando, mientras pasa un ángel, y pasa otro, y otro. ¡Pobrecitas pavas!

MARQ. *(Enardecido y poniéndose de pie.)* ¡Fina!

FINA. *(Mirándole a los ojos)* ¿Què?

MARQ. Nada. *(Se aparta de ella. Pausa.)*

FINA. ¡Ay! Ha pasado otro ángel.

MARQ. ¿Por qué no toca usted un poquitito el piano? Es usted una pianista formidable...

FINA. ¿El piano ahora? Pues bien, sí. Estoy dispuesta a darle a usted gusto en todo. *(Yendo a sentarse al piano, que abre.)* ¿Qué quiere usted que toque?

MARQ. *(Cogiendo la silla volante y poniéndose a su izquierda.)* Yo le pediría a usted la última frase del "Tristán".

FINA. Ya la hemos oído anoche juntos.

MARQ. Y la volveríamos a oír ahora solos. La frase de amor y muerte de la heroína, con su gran ritmo envolvente, como una sucesión de abrazos; con su acorde culminante en una aglomeración de notas, que se estrechan amándose y que estallan como una suma de besos. ¡Es tan hondo, tan fuertemente dulce, tan dolorosa-

mente emotivo! *(Pausa breve.)* Pero ¿toca usted o no?

FINA. Le oigo a usted.

MARQ. Pues ya me callo.

FINA. ¡Ay, no; eso, no!

MARQ. Ya me callo, toque usted.

FINA. No, no, no. ¡Si viera usted que es más difícil el trozo y no estoy en dedos!

MARQ. Pues toque usted lo que quiera. Después de todo, si le he pedido que toque es para ver volar sus manos por el teclado. Parecen dos palomas blancas.

FINA. Cinco.

MARQ. ¿Cinco palomas?

FINA. Es otra cuenta.

MARQ. Pero ¿qué cuenta es?

FINA. Nada; deje usted. ¿De veras son mis manos lo que le interesan?

MARQ. De veras.

FINA. *(Cerrando el piano y tecleando sobre la tapa.)* Pues ya está.

MARQ. ¿Qué hace usted?

FINA. Ya lo ve. Hacer que toco, sin tocar; así usted contempla mis manos y yo oigo su charla, que me encanta.

MARQ. Fina, por favor.

FINA. Es lo menos que puedo hacer: pagar con un cumplido sus cinco piropos.

MARQ. ¿Mis piropos?

FINA. Cinco, sí, señor; cinco. Cinco piropos el que nunca se declara verbalmente. Y ésa es la cuenta que hacía. Uno, cuando yo dije que pasaba un ángel y usted preguntó: "¿Otro?", y me llamó ángel, sin decírmelo; el segundo, cuando habló del gusto de caballero; el tercero, cuando habló de la niebla y me llamó sol; el cuarto cuando me comparó a un cuadro del Ticiano, y el quinto, ahora con mis manos y las palomas; cinco mentiras, pero cinco piropos del invencible. ¡Estoy más contenta!

MARQ. ¡Fina, por favor! Si de veras... *(Viendo entrar a doña Carmen.)* ¡Oh, mi señora doña Carmen!

ESCENA VI

Dichos y *Doña Carmen,* por donde se fué.

CAR. *(Tendiendo la mano al Marqués, que se ha levantado a saludarla.)* Pero... ¿qué es lo que ven mis ojos? ¡Usted por aquí! ¡Cuánto me alegro! No tenía la menor idea... Tome asiento. *(Ella, en el sofá. El Marqués, en el sillón izquierda. Fina se queda donde estaba, en el piano.)*

MARQ. Me dijo Fina que como no fuera para ir al tennis no salían ustedes nunca por las tardes, y como cuando va al tennis me tengo que enterar yo...

CAR. Que es el campeón, ¿verdad? Pues ha hecho usted muy bien en venir. Si lo hubiera sabido, salgo inmediatamente. *(A Fina.)* Yo creí que todavía estaba aquí el señor Valero...

FINA. ¿Y me dejabas sola con él? Pues me he vengado.

CAR. Pero ¿por qué no me avisaste?

FINA. Por eso: por vengarme.

CAR. ¿Cómo?

MARQ. No, señora, no. Fina quiso avisar, quiso llamar a mamá; pero yo le pregunté si me tenía miedo...

CAR. ¿Miedo?

FINA. Sí, mamá, y como no se lo tenía, no avisé.

CAR. Perdónela usted, es una chiquilla.

MARQ. ¿De qué, señora, por Dios?

CAR. Se habrá usted aburrido.

FINA. ¡Ay, mamá, muchas gracias!

MARQ. Nada de eso; por el contrario, alegrándome mucho la presencia de usted, sobre todo ahora, porque la necesito, confieso, y perdóneme, que no he podido aburrirme, porque..., porque le he hecho el amor a Finita.

CAR. ¡Hola! ¡Muy amable y muy gracioso! Agradece, muchacha.

FINA. No puedo agradecer, porque no es verdad.

CAR. ¡Niña!

FINA. No es verdad, no lo creas. No me ha hecho el amor; yo a él, si acaso...

CAR. ¡Fina!

FINA. Bueno; los dos.

MARQ. Sin querer.

CAR. Pero ¿qué broma es ésta, hija mía? ¿Tú crees que una señorita, por muy moderna que sea, puede tomarse esas libertades y hablar en este tono?

MARQ. Dispense usted, no es una broma; no se puede bromear con el amor.

CAR. Pero, Marqués...

MARQ. Y para que usted se convenza y me perdone, formalmente, con toda seriedad y con una profunda emoción, le pido a usted la mano de su hija.

FINA. *(Levantándose.)* Bueno; yo me voy...

MARQ. No; quédese usted: se lo ruego.

CAR. ¡Marqués! Pero ¿así? ¡Yo no sé lo que oigo! Pero ¿qué es esto? ¿Tú qué dices?

FINA. ¿Yo? *(Muy ruborizada, bajando la cabeza.)* Que el Marqués es demasiado inteligente para pedir lo que ha pedido sin una seguridad. Se la habré dado yo, sin saber.

MARQ. *(Levantándose.)* ¿Y no la mantiene usted?

FINA. *(Lo mira rápidamente, y luego baja los ojos y la cabeza, con un signo afirmativo.)*

CAR. Pero ¿chica?

MARQ. *(Volviendo a sentarse.)* Ya lo ve usted, señora.

CAR. Yo no veo nada. Veo lo que usted puede ver, lo que usted comprende, que es una chica, que..., hágase usted cargo. Yo, muy honrada con su petición, pero... ¡qué quiere usted! ¡Ay, Dios mío!... Ella puede no estar segura de sus sentimientos... Usted..., usted..., no

sé..., un hombre serio..., no sé cómo decirlo.

MARQ. *(Sonriente.)* Dígalo sin reparo, señora. ¡Quiere usted aludir a la diferencia de edad! ¿Le parece que tengo muchos años?...

FINA. ¡No; eso, no!

MARQ. *(Siempre sonriente.)* Ya oye usted. Su hija no me ve los años; yo no me los siento. Hace un instante, al entrar, le dije a Fina que en esta tarde de invierno, lluvioso y gris, venía aquí a buscar un poco de sol. He encontrado más, mucho más. He encontrado mi primavera. ¡Al fin! ¡Ya era tiempo! ¡¡Yo nunca me he sentido más joven en mi vida!!

CAR. Muy amable, sí...; pero, perdóneme usted, compréndalo. Después de todo, no es más que extrañeza. Yo no tenía la menor sospecha. Han bailado ustedes un par de veces, han jugado ustedes al tennis, en fin, ¿esto ha sido un flechazo?

MARQ. No tiene otras armas el dios: flechas, y las dispara sin ver. Por segunda vez, señora, yo le pido a usted...

CAR. Y yo no sé qué contestarle. ¡Es mi única hija! ¡Es la alegría de la casa! Piense usted en el dolor que nos costará desprendernos de ella. Yo comprendo que si ella quiere irse con usted... *(Fina hace señas de que sí con la cabeza.)*, se irá, será su destino... Pero el paso es muy grave, y sin hablar con su padre...

FINA. Papá está en su despacho.

CAR. Pero yo tengo que consultar con él, que prevenirlo... ¡No es puñalada de pícaro!

MARQ. *(Levantándose.)* No. Ni de pícaro, ni puñalada: flechazo nada más; usted lo ha dicho; pero la herida es muy honda, sangra, y yo necesito el remedio pronto. Hable usted con su marido; yo volveré a hablar con los dos. Comprendo que es mucho lo que pido, y porque es mucho, no me cansaré de pedirlo. Señora... *(Ella le tiende la mano.)* Espero poder muy pronto llamarla de otro modo.

CAR. Marqués...

MARQ. Me llamo Antonio.

CAR. Y de todas maneras, muchas gracias.

MARQ. Hasta pronto, Fina.

FINA. *(Yendo junto a él a darle la mano, de suerte que queda colocada entre los dos.)* Hasta siempre, Antonio.

MARQ. *(Sin soltar la mano. A doña Carmen.)* Ya lo oye usted. *(A Fina.)* Hasta siempre, y ayúdame, defiende tu causa, nuestra causa. Dile a tu mamá, para que lo sepa bien, cuánto me quieres. Díselo.

FINA. A quien hay que decírselo es... a papá, y papá no está en la calle, sino en su despacho.

CAR. ¡Pero, niña!

FINA. *(Suplicante.)* Mamá, anda..., sé buena...

CAR. *(Al Marqués.)* Ya veo que es ella la que tiene prisa. En fin, paciencia. *(Al Marqués, que sonríe seguro.)* Si tiene usted la bondad de esperar, avisaré a mi marido... *(El se ríe.)*

FINA. Mamaíta... *(Mutis doña Carmen.)*

MARQ. Y ahora, Fina, nena, ¿si papá dijera que no?

FINA. ¿Que no? Pues yo diré que sí; yo ya he dicho que sí.

MARQ. *(La estrecha entre sus brazos.)* ¡Vida mía!

TELÓN

INTERMEZZO [1]

El rincón de la decoración del acto primero. Sentadas y muy tristes, en el breve crepúsculo estival, Mora, Paquita y Clara. Hablan melancólicamente con un aire ingenuo como una canción de corro infantil. El telón se ha ido levantando lentamente sobre la escena, a media luz.

(Por el balcón, abierto, suben las voces de un coro de niñas, que cantan.)

Yo me quería casar,
yo me quería casar
con un mocito barbero,
con un mocito barbero.
Y mi madre me quería,
y mi madre me quería
monjita en un monasterio,
monjita en un monasterio.

MORA. Con un mocito barbero
yo me quería casar,
las niñas dicen jugando
su queja crepuscular,
como si fueran mujeres
con la vida rota ya.
¡Ay, cuántas decir pudieran
yo me quería casar!

CLARA. ¿Tú no has tenido noticias?
¿Ni siquiera una postal?

MORA. *(Niega con la cabeza.)*

PAQUI. Es todavía muy pronto.

CLARA. ¿Muy pronto? ¿Pues no hace ya
un mes de su matrimonio?

PAQUI. Eso, un mes. Para llegar
a la ciudad de los Reyes

---

(1) Este "intermezzo" se suprimió en Madrid desde la segunda representación, por no ser del agrado de *todo* el público. Sigue siendo del agrado de

El Autor.

el tiempo es justo y cabal.
Como no fuera por radio,
mal pudo comunicar.

MORA. Ni por radio, ni por carta,
nunca nada me dirá.
Si es feliz, siendo dichoso
de nadie se ha de acordar.

CLARA. ¿Y si es infeliz?

MORA. Entonces...
Pero infeliz no será.
Yo en todas mis oraciones
pido su felicidad.
Que dure su amor por ella
como a ella le durará.

PAQUI. Quien el sabor de sus besos
gustó un día, nunca más
puede por otros amores
el amor suyo cambiar.

MORA. Tienes razón.

PAQUI. Mi aventura
fué... un pasatiempo fugaz,
y, sin embargo, me acuerdo.

CLARA. Yo no lo puedo olvidar.
Y su amor tuvo la vida
de una rosa.

MORA. Pero ya
la rosa de su cariño
cogió del nuevo rosal,
y nadie la había tocado
y nadie la tocará;
por eso su amor es limpio,
firme y puro de verdad,
no como el pobre amor nuestro,
agua bebida al pasar,
sombra breve del camino
para al sol volver a andar.

PAQUI. Su amor, de su amada tiene
la dulce seguridad.

MORA. Su amor tiene calor tibio
y santo, calor de hogar.
Aquello que no logramos

nosotras darle jamás.
PAQUI. ¿Será feliz?
MORA. No lo dudes.
Con ella feliz será.
CLARA. Y le dará muchos hijos
que padre lo llamarán.
DONC. *(Entrando.)*
Señora, ¿da su permiso?
MORA. ¿Qué quieres?
DONC. Vengo a alumbrar.
MORA. No, deja, mujer, no enciendas,
se ve muy bien.
DONC. Pero ya
está cayendo la tarde;
muy pronto la oscuridad
vendrá con sus sombras negras
¿a oscuras quieren quedar?
MORA. Sí, deja, mujer, que a oscuras
es mejor para soñar.
DONC. Si es su capricho, no enciendo,
ya volveré.
MORA. ¿Qué más da?
No enciendas, mujer, a oscuras
es más bonito pensar.
MORA. ¡Ay!
PAQUI. ¡Ay!
CLARA. ¡Ay!
DONC. *(Haciendo mutis.)*
¡Qué tres suspiros
CLARA. Esa burlándose va.
MORA. Si supiera en quién pensamos
no se habría de burlar.
PAQUI. ¡Las tres pensamos lo mismo!
MORA. Y él en otra pensará.
¿No os gusta más esta sombra?
La luz clara... hace olvidar.
La luz clara es el presente,
es lo que vemos, lo actual.
PAQUI. Sí, mejor es la penumbra...
MORA. La penumbra, no es verdad...
El alma viaja en la sombra

y se pone a imaginar
lo que en la luz no imagina,
¡la luz es la realidad!
Soñemos, alma, soñemos,
como Hamlet...

PAQUI. Mal soñar,
que ahorcó en brazos de la duda
su propia felicidad.

MORA. Pues recordemos entonces.
Quien recuerda vive más.
(Por el balcón, abierto, suben las voces de un coro de niñas que canta:)

CORO. Me casó mi madre,
me casó mi madre,
chiquitita y bonita, ay, ay, ay,
chiquitita y bonita.
Con un muchachito,
con un muchachito
que yo no quería, ay, ay, ay,
que yo no quería.

MORA. Marqués de Montañaclara,
amante sin vanidad,
que a todas las soñadoras
tu amor supo despertar,
sin presumir, jactancioso,
de calmarnos el afán,
Marqués de Montañaclara,
tan apuesto y tan galán,
que el amor de las mujeres
no te hizo falta comprar,
pues de todas fuiste dueño
sin entregarte jamás;
un amor nuevo y más fuerte,
te echó al cuello su dogal,
y tú, que en amor vencías,
de otro amor vencido vas.

CLARA. Y vas muy lejos, muy lejos,
por los caminos del mar.

PAQUI. Las olas se lo llevaron,
las olas lo volverán.

MORA. No. Preso de la paloma

está nuestro gavilán.
Nosotras fuimos la guerra,
su nuevo amor es la paz.
Fuimos sólo la aventura,
la flor cogida al pasar,
la fruta del huerto ajeno,
alegría y libertad,
locura de un solo instante,
amorío... ¡nada más!
Pero el amor verdadero
ya le abrió de par en par
el palacio de sus brazos,
que tras él se cerrarán;
del amoroso paréntesis
ya nunca salir podrá.

PAQUI. Marqués de Montañaclara,
qué bien colmaste el afán
de las que el amor vendemos
a quien lo quiere comprar
y el corazón sólo damos
a quien lo sabe robar...
¡Marqués de Montañaclara,
vuélvenos tu claridad!

CLARA. Las olas se lo llevaron,
ya nunca nos lo traerán.
¿Te acuerdas cuando venía
por las tardes a bailar?

PAQUI. ¿Te acuerdas cuando sonriente
nos miraba, y sin hablar,
con sus ojos encendía
en nuestra sangre un volcán?
¿Te acuerdas cómo lograba
con sus besos apagar
el fuego que había prendido?

MORA. Sí, pero ya ardiendo está
en la llama de otra hoguera
nuestro perdido don Juan.

PAQUI. Vendrán otros que no amamos.

CLARA. Otros vendrán a comprar...

PAQUI. Y vendrá pidiendo celos
quien no supo enamorar.

MORA. Pero aquel que nos vencía
ése... nunca tornará.
PAQUI. Encantado caballero
de cuento de hadas.
MORA. Sin par
maestro de amor alegre...
que nunca hiciste llorar...:
Hoy te lloramos ausente...,
pues con otro amor estás,
Prisionero de otros brazos
quien fué nuestra libertad.
DONC. ¿Señora, enciendo? Es ya noche...
MORA. No, deja... la oscuridad...
Está llena de fantasmas
y es mejor para soñar.
¡Ay!
PAQUI. ¡Ay!
CLARA. ¡Ay!
DONC. ¡Qué tres suspiros!
¡Las tres loquitas están!
Con permiso... ¡Qué románticas!
CLARA. ¡Esa burlándose va!
MORA. Si supiera en quién pensamos
no se hubiera de burlar.
PAQUI. Las olas se lo llevaron,
las olas lo volverán.
CLARA. Las olas se lo llevaron,
ya no lo veremos más.
MORA. Marqués de Montañaclara,
tu vida respete el mar.
CORO. Yo me quería casar,
yo me quería casar,
con un mocito barbero,
con un mocito barbero.

TELON

ANDANTE APPASSIONATO

ACTO TERCERO

Despacho de tonos oscuros en casa del matrimonio Montañaclara. Pentágono con una pared de frente al público, dos oblicuas y dos de canto. En la pared del fondo, un poco a la izquierda, puerta que comunica con una salita de la cual se verá parte en penumbra. En el chaflán de la derecha, puerta a un pasillo por el que se viene de la calle. En el chaflán de la izquierda, un mueble librería. Primera derecha, puerta a las habitaciones interiores; primera izquierda, puerta que da al jardín. En el centro de la escena, hacia primer término, una mesa grande que tiene delante, de espaldas a ella, un sofá de cuero inglés con dos sillones a los lados. Sobre la mesa, útiles de escribir, papeles, libros, una lámpara bonita. Junto a la librería, dos sillones de otro estilo, más bien español. Alguna estatua. Alguna silla volante. Buen gusto y comodidad. Es un atardecer de primavera, y por la puerta del jardín entra una luz suave.

ESCENA I

Fina, sentada en el sillón de la izquierda, de espaldas al jardín, y *Gabriel,* con el sombrero puesto, de pie, nervioso.

GAB. Y, por consiguiente, es una situación que no se puede soportar.

FINA. Todo se puede soportar, queriendo.

GAB. Todo, menos esto. Esto no, esto no. Es demasiado amargo, y si se puede soportar, aunque lo soportáramos, no se puede sostener. Compréndelo.

FINA. Comprendido; si lo sé.

GAB. ¿Entonces? ¿Quieres que le ponga yo un remedio?

FINA. Desde luego. No pudiendo soportar lo que es fuerza que soportes, desde luego.

GAB. ¿Y me puedes tú indicar uno, ya que no te decides a...?

FINA. Para irte, para campar por tus respetos, siempre estás a tiempo. Y si lo has resuelto, cuanto antes, mejor. Hoy, mejor que mañana.

GAB. Pero ¿tú adviertes el tono en que me estás hablando? ¿Y si yo...?

FINA. Si tú ¿qué?, ¿qué?

GAB. ¿Es que me desafías?

FINA. *(Levantándose.)* No. Eres tú quien amenaza, y haces mal. Las cosas son como son, y no pueden ser de otra manera. Nada hay que nos ligue.

GAB. ¡Fina!

FINA. Nada. Un parentesco político que no es parentesco. A pesar de nuestra simpatía recíproca...

GAB. ¿Ahora sales con esto?

FINA. Ahora y siempre, y si quieres irte, aún estás a tiempo para que ello no nos cueste un gran dolor.

GAB. Pero ¿qué es esto, Fina, qué es esto? ¿Cómo me estás hablando? ¿Es que quieres volverme loco? ¿Eso quieres? Pues bien, yo te juro que...

FINA. ¿Vuelves a las amenazas? Te repito que haces mal, y te advierto que si tú tienes tu genio, yo tengo el mío y...

GAB. Chist, calla.

ESCENA II

Dichos, y por el jardín, *Marqués* y *Alminares,* con sendos puros muy apurados.

MARQ. ¡Vaya! La disputa número mil, ¿verdad?

GAB. No...

MARQ. *(Gritando.)* Sí. Y no mientas, porque es peor. He oído al entrar, y a ti, Fina, te digo que no es genio lo que hace falta, sino razón, y no hay razón alguna para que estéis en continua riña y me exasperéis.

ALMI. ¡Antonio, Antonio!

GAB. Yo...

MARQ. Silencio, que tampoco te la doy a ti. Y lo primero es no estar cubierto bajo techo, y menos cuando hay una visita.

ALMI. ¡Hombre, Antonio! Por mí...

MARQ. Y muchísimo menos cuando hay una señora.

GAB. Perdóname, tío.

MARQ. A ella, a ella; no a mí.

FINA. Te advierto que eres tú el que va a reñir sin motivo.

MARQ. No, si ya no digo ni una palabra más. Siquiera por consideración a Miguel, a quien daríamos un espectáculo, la verdad, ni muy distinguido, ni muy agradable.

ALMI. Hombre, yo soy de confianza; no vale la pena.

MARQ. Pues a callar. Por lo menos, yo. Y si todos callamos, todos estaremos mejor.

ALMI. No vale la pena, Antonio.

GAB. Bueno, tío, con el permiso de usted; me esperan...

MARQ. Puedes irte cuando te dé la gana.

GAB. Es que Perales va a comprar un lote de cuadros antiguos y quiere que yo los vea...

MARQ. Te he dicho que puedes irte.

GAB. Pues... nada...; hasta ahora, Vizconde; encantado de verle a usted, y usted dispense...

ALMI. De nada, Gabriel, de nada.

GAB. ¿Me perdona usted, tía?

FINA. *(Dándole la mano.)* Lo que no te perdono es el tratamiento, que me hace vieja.

GAB. Pues perdónamelo todo, y hasta ahora. *(Mutis, achaflanada.)*

MARQ. Tiene el genio un poco vivo; pero no es malo.

ALMI. Como todos los artistas. Exceso de sensibilidad, hiperestesia. Todos suelen ser muy irritables.

FINA. Por eso les conviene vivir solos.

MARQ. ¿Volvemos a las andadas, Fina?

FINA. No te enfades. Te dije cuando llegamos de nuestro viaje y encontramos aquí a Gabriel, que no me parecía bien que viviera con nosotros.

MARQ. Pero, ¿por Cristo vivo!, ¿te hace algo el muchacho? ¿te ofende en algo?
FINA. No, si no es eso... Si yo reconozco que es muy bueno; pero... cada uno en su casa, y Dios en la de todos. ¿No le parece a usted, Alminares?
ALMI. Acaso hubiera sido lo mejor; pero ahora ya, sin un motivo serio...
FINA. ¡Ah, no, eso no! Motivo serio no hay ninguno. Discusiones, tonterías.
MARQ. Pues entonces, mujer. Con que tengáis un poco de paciencia los dos, es bastante para no agotarme la mía. Me parece que pido poco.
FINA. A ti se te agota pronto la paciencia.
MARQ. Contigo, no. De manera que...

ESCENA III

Fina, Marqués, Alminares y la *Doncella,* por el chaflán.

DONC. Con permiso de los señores. La modista, señorita.
FINA. Pero ahora...
ALMI. Por mí no lo haga usted, Fina. Vaya, vaya usted.
FINA. Muchas gracias. *(A la Doncella.)* Pásela usted a mi cuarto de vestir.
DONC. En él está, señora.
FINA. Pues dígale que voy en seguida. *(Mutis la Doncella por donde entró.)*
FINA. Con permiso de usted. *(Al Marqués.)* Hasta ahora, mal genio. *(Mutis primera derecha.)*

ESCENA IV

Marqués y *Alminares.*

MARQ. Ya lo has oído. ¡Mal genio!
ALMI. Hombre, muy bueno no es. Montas en cólera en seguida...
MARQ. Pues te advierto que me he contenido por ti,

de manera que ya puedes ahorrarme los reproches.

ALMI. Pues mucho peor si te has contenido, que yo no te reprocho lo externo de tu cólera, sino que la sientas. No pasa nada grave, y es desproporcionada.

MARQ. Tienes razón, sí, desproporcionada e injusta por lo que respecta al chico, que es el que tiene menos culpa. ¡Claro! Todas mis furias son contra él por no reñirla a ella, que es mujer, y yo no he reñido nunca a las mujeres; a las mujeres se las quiere, se las deja, o... se las mata...

ALMI. ¡Antonio!

MARQ. Cuando le llenan a uno de lodo, se las mata, Miguel; pero no se las riñe.

ALMI. Y dale. Seguimos con la desproporción exagerada.

MARQ. ¡Es demasiado, demasiado!

ALMI.. Pero ¿pasa algo más grave para que te pongas así?

MARQ. No, lo que tú has visto ahora; lo que yo sufro todos los días; estas riñas constantes de mi mujer con mi sobrino, que me lastiman y me ofenden. ¡Figúrate! Yo estoy entre la espada y la pared. Y lo que más me duele es que ella no lo comprenda, no lo vea.

ALMI. Perdona, ella lo había visto antes, puesto que se oponía a que Gabriel viviera con vosotros.

MARQ. ¿Qué quieres decir con eso?

ALMI. Yo no quiero decir nada. Compruebo un hecho que me hace aplaudir una previsión de tu mujer que tú no atendiste. ¡Pero ven acá, hombre, ven acá! ¿No has sido feliz, completamente feliz dos años, mientras vivías solo con tu mujercita, mientras viajabas con ella? ¿No hace tres meses que te amargas porque tu mujer y tu sobrino disputan un día sí y otro también? ¿Quién es la manzana de la discordia?

MARQ. El no.

ALMI. Eso...

MARQ. ¡No! Aunque él no estuviera, Fina disputaría conmigo, si yo fuera capaz de reñir con ella. Es Fina la que ha cambiado de carácter.

ALMI. ¡Hola, hola! ¿Y no serás tú el que ha contribuído? ¿No será tuyo el cambio, en vez de ser de ella? Acostumbrado a otra vida, a tu libertad, tal vez esta esclavitud del matrimonio...

MARQ. No, Miguel, no; yo no he cambiado. Es decir, he cambiado en bien, como quise cambiar, como lo sentía. La aparición de Fina en mi camino fué como un sol nuevo que me calentaba la vida con otro calor. Fué una sensación de juventud que vuelve, de ilusión que empieza, de esperanza que había soñado y en la que no quería pensar porque me parecía demasiado venturosa, y que al fin se trocaba en realidad, en una realidad tan grande, tan dulce, tan llena, que superaba a todo lo que había imaginado. No, no; no es desamor mío, no; no es aburrimiento. Son muchos detalles pequeños que no se pueden precisar, pero que el corazón adivina y siente. Algo que poco a poco se enfría en ella: el amor hacia mí, que mientras estaba en ella, la tenía contenta, y que al irse, la va exasperando cada día más. Yo no, Miguel, yo no. Yo tengo mi genio, mis cóleras, lo reconozco; pero cuando me dan un motivo, chico o grande, no lo sé, pero un motivo, una razón; ella no, ella no rabia; pero está malhumorada constantemente. Y no era así, no; no era así. Fina era como un remanso en mi camino, como la sombra de un atardecer tranquilo, como el jardín de mi reposo. Fina era como un pájaro. Mi casa era alegre por ella, que la llenaba de risas que eran como trinos; ahora no; desde hace un par de meses, ya no. Antes, sonriente, contenta, dulce, tierna, enamorada en fin, la vida era para ella como un regalo; sentía el goce de vivir, y lo iba di-

ciendo, lo iba cantando, con la voz, con los ojos, y ahora no, ahora no, Miguel; ahora ya no vive, soporta la vida como una carga, como un peso. *(Pausa.)* ¿Comprendes? ¿Lo ves? Fina está malhumorada siempre, y paga con mi sobrino, acaso, y esto es lo grave... acaso... por no pagar conmigo.

ALMI. ¡Ah!

MARQ. ¿Qué? ¿Qué significa ese ah? ¿Qué deduces? ¿Qué piensas?

ALMI. Soy yo quien debiera preguntarte lo que piensas tú. Porque aunque yo lo adivine, tú no me lo dices, es decir, me lo estás diciendo sin querer. ¿Crees tú que después de cuanto me has dicho puedo convencerme de que todo lo que te aflige son las disputas de tu mujer con tu sobrino? ¿Qué es, te pregunto yo a ti ahora, lo que tan mal pretendes esconder en el fondo de tu alma?

MARQ. ¿Esconder yo?...

ALMI. Sí, y muy mal, porque casi me lo has dicho todo. Ahora mismo has formulado la sospecha de que tu mujer pudiera haberse aburrido de ti. *(El Marqués baja la cabeza.)* Mírame, Antonio. Olvida por un momento tu orgullo de hombre y contéstame la verdad. ¿Puedes negar tú que hayas pensado eso? Has tenido una vida de aventuras; conoces a las mujeres; sabes que el amor eterno sólo existe en las novelas...; ¿no has pensado nunca en que Fina pudiera dejar de quererte? *(El se estremece.)* ¿Tanto miedo te da esta probabilidad? ¿No has admitido, no admites que ella pudiera despertar a otro amor?... ¿No te has...?

MARQ. *(En un grito.)* ¡¡Sí!! *(En voz muy baja.)* Sí, pero calla, calla, no me desesperes, no me enloquezcas. Sí, pero tú no me lo digas. Sí, sí, sí..., sí, lo he pensado, lo pienso, casi lo siento; pero ¡calla, calla!... ¡No me lo digas, calla! *(Pausa. Va a sentarse.)*

ALMI. ¿Y sospechas de Gabriel?

MARQ. No, es incapaz. De Gabriel, no. Es como un hijo. Y eso, precisamente eso, es lo espantoso. *(Se levanta.)* Ahora abro ante ti todo el horror de mi pensamiento. Porque Gabriel es incapaz, y porque riñe con ella, me hablan más claras estas riñas. Si cuando el cariño de Fina hubiera huído de mí, lo que yo pudiera no ver, lo vería Gabriel, lo estorbaría Gabriel, y eso es todo. Por eso no le quiere aquí.

ALMI. Pero...

MARQ. No, no; si sé lo que me vas a decir: que ella no quería admitirlo, y tenía razón, lo confieso, pero ése es el mal. Lógicamente, viviendo bajo el mismo techo, Gabriel tenía que ser su amante; sí, su amante o su enemigo, era fatal; y es su enemigo porque no puede ser su amante. ¿Comprendes? Y yo no lo echo, no puedo echarlo, no quiero, no debo echarlo, porque si es enemigo de ella, no puede serlo mío. ¿Te parecen desproporcionadas ahora mi cólera y mi tristeza?

ALMI. No; pero acaso exageras en tus suposiciones. De todas suertes es preciso que te hagas cargo de que así no se puede vivir.

MARQ. No se puede, no, Miguel.

ALMI. ¿Y qué piensas hacer, por qué...? *(Viendo entrar a Fina.)* ¡Oh, señora! ¿Ya? ¡Es usted un milagro!

ESCENA V

Dichos y Fina.

FINA. ¿Por qué?

ALMI. Porque jamás pensé que una entrevista en que se trataba de trajes y de modas pudiera ser tan corta.

FINA. Pues no es mérito mío. Mi modista es muy inteligente. Me ha probado un traje y, como siempre, está impecable. Ni un defecto, nada que corregir. Ahí tiene usted el secreto de esta

rapidez que a usted se le antoja milagrosa.

ALMI. Pues es para felicitar a la modista, a usted y a su marido.

FINA. A él no, pobre, que es el que tiene que pagar las cuentas.

MARQ. No sé por qué dices eso; ya sabes que a mí no me duelen.

FINA. Por broma, hombre, por broma; ¿por qué lo voy a decir?

ALMI. Bueno, yo me pasaría aquí toda la tarde, pero a las seis y media estamos citados con...

MARQ. Con Rainero, es verdad, ya no me acordaba. ¡Qué fastidio!

ALMI. Se trata de cinco minutos. Una firma, y listo. Yo subo a casa por los documentos que no me dejaste coger esta mañana, y en seguida vamos a ver a Rainero.

MARQ. Pues vé... ¿Para qué voy a subir yo? Te espero aquí.

ALMI. Como quieras. *(Saludando a Fina.)* Señora, yo no tengo palabras para agradecerle a usted la tarde y el almuerzo. Es usted la "menager" ideal.

FINA. Pues como no reincida usted no lo creo.

ALMI. Muchas gracias.

FINA. Y mucho más, siendo vecinos. Además, gracias, sin volver, no las admito. Ya sabe usted que Antonio tiene mucho gusto en verle a usted, y que yo quiero siempre lo que él quiere.

ALMI. *(Al Marqués.)* Ya lo oyes. Muchas gracias, Fina, y hasta después. *(Al Marqués.)* Hasta ahora, hombre feliz. *(Mutis por la achaflanada, seguido del Marqués, que lo acompaña.)*

ESCENA VI

Fina y el *Marqués,* que vuelve por donde se fué.

FINA. Es simpático Alminares.

MARQ. Sí, mucho.

FINA. Pero oye, ¿cómo viviendo en el piso de arriba y siendo tan amigo tuyo, no vamos nunca a su casa y no me presentas a su mujer?

MARQ. Porque no es su mujer.

FINA. ¡Ah!

MARQ. Oye, Fina, ¿tienes algo que hacer?

FINA. ¿Te molesto aquí?

MARQ. No. Soy yo quien no quiere molestarte; por eso preguntaba. Si no tienes que hacer, quisiera hablar contigo.

FINA. ¿Y necesitas prevenirme? Dí, habla. *(El Marqués va y cierra la puerta achaflanada, la del foro y la del jardín.)* Pero ¿qué haces?

MARQ. Cerrar, ya lo ves. No hace falta que se entere nadie.

FINA. Pero ¿quién se va a enterar, si no hay nadie en la casa?

MARQ. La doncella..., cualquiera que pudiese entrar.

FINA. ¿Tan grave es?

MARQ. ¿Por qué piensas tú que puede ser grave lo que tengo que decirte?

FINA. ¡Ay, hijo, por nada!

MARQ. Siéntate.

FINA. ¿Sentada y todo?

MARQ. ¿Quieres hacerme el favor de suprimir las preguntas?

FINA. ¡Ay, por Dios!, ¿te ofendo con eso?

MARQ. Con eso, no; pero preguntando tú no sé por qué me figuro que quieres evitar que pregunte yo.

FINA. No te entiendo, pero... nada, nada, me callo y me someto al interrogatorio.

MARQ. ¿Y por qué piensas tú que va a ser un interrogatorio? ¿Es que te remuerde de algo la conciencia?

FINA. ¡Antonio! Nunca me has hablado así, ni creo haberte dado motivo, ni me acusa de nada la conciencia. Eres tú quien toma un aire de juez, de acusador...

MARQ. Pues perdóname y óyeme.

FINA. Al revés: te oiré primero, y te perdonaré después.

MARQ. ¿Y no crees tú que sea yo quien tenga algo que perdonarte?

FINA. Que yo sepa, nada. Y si algo hice malo sin querer, dilo y te pediré perdón. Eso puede entristecerme, pero no humillarme, y si te he ofendido sin intención, habla y le pondré el remedio.

MARQ. ¿Es que quieres desconcertarme con tu tranquilidad?

FINA. Pero ¿qué dices? ¿Qué actitud es ésa, Antonio? ¿Qué te he hecho yo? ¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?

MARQ. Acaso. Perdóname, perdóname, y escúchame, que es muy grave lo que tengo que decirte.

FINA. Entre nosotros no hay nada grave, no puede haberlo.

MARQ. Ahora lo sabremos. Oyeme, te lo ruego, y no me interrumpas. Y, sobre todo, dime la verdad, toda la verdad.

FINA. La súplica es inútil, porque la verdad es lo único que sé decir, y ya me callo, y habla, que a mí también me impacienta tu actitud, y Dios sabe que por ti, no por mí.

MARQ. Oyeme, óyeme. Ante todo, no veas en mí ni la más leve intención de ofenderte, ni de lastimarte. Eres lo que más quiero en el mundo, no debía decírtelo...

FINA. ¿Por qué?

MARQ. Porque... te suplico que me oigas sin interrumpirme. Eres lo que más quiero en el mundo, y por eso ni te lastimo ni te ofendo; que cariño sin estimación y sin respeto es muy torpe y muy mal cariño. ¿No te parece? Dí, ¿por qué no me contestas?

FINA. Porque no sé. La estimación... Me parece poco.

MARQ. ¡Poco! ¿Tú sabes lo que dices?

FINA. Ya te he dicho que no sé. Tal vez ignore el justo valor de las palabras; pero la estimación... me parece poco. ¿Respeto? Pespeto,

no; no es eso lo que siento; confianza sí, que da libertad al cariño; confianza, y a ti se te va perdiendo, por lo visto.

MARQ. Es que yo...

FINA. Calla, calla. No me hables así, te lo ruego. Yo no sé nada. Sólo sé que te quiero con toda mi alma; te quiero a secas, sin razonar; te quiero... ¡nada más!

MARQ. ¿Me querías mucho cuando te casaste conmigo?

FINA. ¡Y ahora y siempre!

MARQ. ¿Ahora? ¡Ay, Fina! Ya ves qué largo es esto; ya ves cuántos rodeos tengo que dar, porque me asusta y me apena llegar a lo que me importa. Te juro que busco lo que busco sólo con la esperanza de no hallarlo. Como el médico que examina a un enfermo a ver si encuentra unos síntomas que serían la muerte, y que por eso no quiere encontrar, porque serían la muerte.

FINA. ¿Por qué me dices eso?

MARQ. Tú no eres la misma para mí.

FINA. ¡Yo!

MARQ. No eres la misma. Y es inútil que niegues; sí sé que no mentirías al negar; pero es que tú no lo sabes, precisamente porque es sincero en ti el cambio, porque no lo finges, porque no depende de tu voluntad, no puedes darte cuenta de él; pero yo, sí; yo advierto en tu carácter, en tu actitud...

FINA. Perdona, ¿todo esto quiere referirse a mis discusiones sin importancia con tu sobrino?

MARQ. ¡¡Fina!! *(Ella le mira asustada.)* No mezcles a Gabriel en todo esto.

FINA. Es que como tú siempre te refieres a Gabriel...

MARQ. ¡No viene a cuento!

FINA. Pues más te exaltas y más tengo que pensar que por Gabriel...

MARQ. ¡¡¡No me hables de ello, te digo!!! ¡Maldición! Todas iguales. ¡Todas, todas! Cuando Otelo quería hablar con Desdémona de sus co-

sas, ella le interrumpía siempre con lo mismo, con lo mismo, y era una obsesión, una provocación: "Perdona a Casio, perdona a Casio, perdona a Casio", hasta que Otelo la mató.

FINA. Pero ¿has perdido la razón, Antonio?

MARQ. Te ruego que te calles.

FINA. Es que...

MARQ. ¡¡¡Te lo mando!!!

FINA. ¡Antonio!... Está bien. Está bien. *(Rompe a llorar y se lleva el pañuelo a los ojos.)*

MARQ. ¡Oh! Esto ahora. ¡El recurso! ¡Mira, mira, no llores no llores por Cristo! Son mal argumento las lágrimas; son a veces... una supercheria.

FINA. ¡Ah!

MARQ. ¡Mala defensa! ¡Mala, mala, mala! No se puede hablar con quien se echa a llorar y se arma de su propia debilidad.

FINA. Pero, ¡por la Virgen!, ¿de qué me crees tú capaz?

MARQ. ¡De todo!... De... nada. Fina, de... ¡qué sé yo! *(Pausa breve.)* Perdona. Te hago sufrir. Perdona.

FINA. No importa. Te compadezco.

MARQ. ¿Eh?

FINA. Te compadezco, sí, porque mucho debes sufrir también, cuando tú, tan bueno, te conviertes ahora en injusto y tirano.

MARQ. ¡Fina, por tu madre, por Dios, no me digas eso, no me digas eso! A los tiranos no los quiere nadie, no los puede querer nadie; ante la tiranía y ante la injusticia, no hay amor ni miedo que resistan. No me digas que soy un tirano, porque creeré en que ya ha llegado... lo que tanto he temido que llegara.

FINA. Pero ¿qué es lo que puede llegar?

MARQ. Tu desamor, sí, Fina, sí; tu desamor. Y ya estamos en ello. Y ya voy a decirte, sin más dilaciones, lo que me importaba decirte. Te quiero, y tú también a mí; sí, lo admito, lo creo, necesito creerlo... Pero si algún día, óye-

lo bien, si algún día, por lo que fuere, porque sí, te cansas, se te acaba este amor, nó me engañes. ¿Lo oyes? No me engañes, porque eso no lo perdonaría: ese día me lo dices. No tenemos hijos, no hay nada que nos obligue; ese día me lo dices lealmente, y yo te dejo en paz; pero el engaño, no. Eso, no... El engaño, no. ¿Me lo prometes? ¿Me lo prometes?

FINA. ¿Qué he de prometerte yo, Antonio, por Dios?

MARQ. Eso, lo que te pido. El día que te canses, si no te has cansado ya...

FINA. Pero ¿cómo puedo yo admitir eso? ¿No comprendes que si creyera en la posibilidad de cansarme de ti, estaría cansada ya? ¿No comprendes que si pensara, como tú lo piensas, cuando deje de quererlo, sería la señal de que ya no te quería? Pero ¿es posible que tú...?

MARQ. ¿No quieres prometérmelo? ¿No quieres?... *(Llaman en la puerta achaflanada.)*

FINA. ¡Llaman!... ¡Por favor, calla!...

MARQ. Es Miguel, seguro, que habrá vuelto.

FINA. Pues abre; yo me voy.

MARQ. Pero...

FINA. Déjame. Que no me vea así, que no nos oiga. Bastante nos hemos humillado ante nosotros mismos, para humillarnos ante los demás. ¡Cómo ha de ser! *(Mutis.)*

ESCENA VII

Marqués y *Alminares*, por la puerta achaflanada.

(El Marqués abre violentamente la puerta achaflanada, en que aparece Alminares; la del foro y la del jardín.)

ALMI. ¡Antonio! ¿Qué te pasa?

MARQ. ¡Nada! Que entren aquí el aire y la luz, que desinfecten esta habitación, que está llena de la vergüenza y de la ruindad de mis celos y de sus mentiras.

ALMI. Pero ¿qué ha ocurrido?

MARQ. Que he interrogado a Fina, que le he...

ALMI. ¿Qué has hecho, Antonio?

MARQ. Ya lo sé: una estupidez, hija de los celos y de la duda. Lo que nunca sentí antes, claro, porque antes no había amado. Pero, en fin, basta; vamos a ver a Rainero...

ALMI. Pero aguarda, cálmate.

MARQ. Es inútil, es en vano. No dijo nada, no confesó nada, no se traicionó un solo instante. Las mujeres no son leales en la confesión; son leales, acaso, después, en la ruptura. No dirá nada, nunca; no confesará nada. Mentirá siempre, y me engañará, y la mataré.

ALMI. ¡Antonio!

MARQ. *(Ante la puerta de ella. En voz baja.)* ¡Me engañará..., y la mataré! *(Sin moverse.)* Voy, voy...

ALMI. Sí, vamos; pero...

MARQ. Ya ves: hay una fuerza extraña que me retiene aquí, que me ata aquí, como diciéndome que debo vigilar, cuidar, defender algo que era toda mi vida, y que ahora...

ALMI. Vamos, vamos; no hables más de ello, vamos.

MARQ. Sí, vamos... *(Mordiéndose los puños.)* ¡Dios! ¡Dios! *(Mutis los dos por la achaflanada.)*

ESCENA VIII

La escena queda sola unos instantes; luego, por la achaflanada, sale la *Doncella,* que se dirige a la primera derecha y se encuentra con *Fina,* que sale en ese momento. Desde aquí, el acto debe representarse con relativa lentitud, hasta donde lo permita el diálogo.

DONC. ¡Ay, señorita!

FINA. ¿Dónde iba usted, Juana?

DONC. Dispense la señorita. A su habitación iba.

FINA. ¿A mi habitación?

DONC. Sí, señora, señorita. A ver si me podía dar la señorita permiso para salir un momento. Mi hermana, señorita, que ya sabe la señorita que

sirve en casa de los señores de Aranda, que se van mañana a Francia, señorita, y yo quería despedirme de ella.

FINA. Bien, bien; vaya usted.

DONC. Para cuando sirvan la cena ya estaré aquí, señorita.

FINA. Sí, mujer, sí; vaya usted.

DONC. Gracias, señorita. Entonces, con su permiso.

FINA. ¿El señor salió?

DONC. Sí, señora, señorita. Salió con el señor Vizconde; parece que iba muy enojado.

FINA. Bueno, bueno; ande.

DONC. Sí, señora, señorita marquesa. Perdóneme: no me acuerdo de que mi señora es marquesa. Muchas gracias, señora marquesa. *(Mutis criada puerta del centro.)*

ESCENA IX

Fina, que va al fondo a coger un libro, y cuando se vuelve se encuentra con *Gabriel* en la achaflanada.

FINA. ¡Ah, Gabriel, gracias a Dios! Necesitaba verte. ¿Te has encontrado con tu tío en la escalera?

GAB. No.

FINA. Acaba de salir de aquí. Casi hemos reñido.

GAB. ¡Cómo! ¿Continuó la discusión al irme yo?

FINA. No; se quedó solo conmigo, y la reanudó él. Es necesario que hablemos. Es muy peligroso lo que pasa.

GAB. Te advierto que yo no tengo miedo.

FINA. Ni yo, como no sea a mi conciencia; pero por eso mismo, algo hay que resolver.

GAB. También yo, después de nuestra última conversación y de la actitud de mi tío, he reflexionado, y tengo la seguridad de que pensamos lo mismo, aunque no sintamos lo mismo. porque yo te quiero, y tú no. Pero, en fin, ven. siéntate y dime lo que pasa.

FINA. *(Sentándose con él en el sofá.)* Que Antonio sabe...

GAB. ¿Qué sabe?

FINA. Sospecha o adivina. Nunca le he visto como hoy. Me ha interrogado, me ha reñido con un aire de juez, con una torpeza y una falta de tacto incalificables, inadmisibles en él.

GAB. ¿Y tú te revolviste?

FINA. Ni eso pude. Me dió confusión, pena oírle. Debe de sufrir espantosamente.

GAB. Pero ¿se refirió a mí? ¿Se quejó de mí?

FINA. No; él, no. Yo tuve la audacia, porque necesitaba leer en su pensamiento, de nombrarte varias veces, de insistir...

GAB. ¿Y él?

FINA. Se indignó mucho, pero sin dar contra ti. Por el contrario, dijo que tú no tenías nada que ver, y fingió que se enfadaba por eso, porque yo te nombraba sin venir a cuento, por interrumpirle; pero otra le quedaba, no hay duda. Quería que yo le prometiese que cuando me cansara de él, ya ves cómo sospecha, cómo adivina, se lo diría lealmente.

GAB. ¿Y tú?

FINA. Yo..., es horrible, horrible: yo, mentí.

GAB. ¡Naturalmente, qué ibas a hacer!

FINA. Sí; pero es horrible. Yo jamás he mentido, y tú no sabes la vergüenza, el dolor, la humillación que he sentido al verme obligada a mentir.

GAB. Después de todo, no mentiste.

FINA. ¿Que no? ¡Tú qué sabes!

GAB. Yo soy precisamente quien lo sabe mejor; que le quieres es un hecho, y, desgraciadamente para mí, yo tengo la prueba, yo soy quien la sufre.

FINA. Sufrimos los dos, Gabriel. Tú tienes pruebas de mi prudencia, de mi pudor, de mi sentimiento del deber; de otra cosa, no. Yo quiero a Antonio, es natural; pero ¿cómo le quiero? Hay en mi cariño gratitud, estimación, respe-

to, ¡y yo los negué, Dios mío! Pero amor, amor de mujer a hombre, pasión..., eso, no, Gabriel. Y mira, puesto que acabo de mentir ante él, y me ha dolido tanto, y me ha avergonzado tanto la mentira, ahora quiero decir la verdad, decírtela a ti, que es a quien puedo decírsela. Te quiero, sí; te quiero, y en todo mi mal humor y en todas mis disputas contigo, tú lo sabes, tú lo has visto, sólo había una lucha conmigo misma, porque te quería, porque te quiero y no puedo quererte.

GAB. ¡Fina!

FINA. Y tú lo sabes también; tú sabes que no puedes quererme.

GAB. Sí, lo sé; lo he pensado mucho, lo he venido pensando ahora mismo. No debo quererte, pero no podré jamás olvidarte. Contra el amor poco puede la reflexión.

FINA. Pues ha de poder.

GAB. ¿Y tú dices eso? ¿Tú?

FINA. Yo. Sigo siendo una chiquilla, claro está, y, sin embargo, ya no soy una chiquilla, y si tú no piensas...

GAB. Yo no puedo pensar, yo no puedo pensar, y te juro que quisiera, y que daría la vida por vencerme; pero ya mi vida eres tú, y me cuesta dolor desprenderme de ella. Yo no he buscado esto, yo no lo he querido, yo no lo he premeditado; pero tampoco he podido evitarlo. Poco a poco, aquí, a tu lado, viéndote todos los días durante tres meses, oyendo tu voz, mirándome en tus ojos, el alma ha ido llenándose de ti, y estás toda entera en mí mismo, dentro de mí, y no puedo pensar y no puedo arrancarte de mí.

FINA. Y yo te lo agradezco, y porque no puedes pensar tú, que no tienes los mismos deberes, pienso yo por ti, porque tengo la obligación de pensar.

GAB. Porque no me quieres.

FINA. Porque no puedo quererte. No me exijas, no

me hagas llorar. Qué más quisiera yo que decirte: "Soy tuya, vámonos, escapémonos juntos, vamos a la felicidad, a la vida..." Pero ¿crees tú que es la felicidad lo que nos aguarda? ¿No piensas en el horror de la acción que pudiéramos cometer? ¿No te espanta? ¿Qué pensarían los demás de nosotros, qué pensaría nuestra conciencia de nosotros mismos? A ti llegaría yo por obra de un fraude, de un pecado; tú me tendrías a costa de una traición, porque Antonio es, más que tu tío, tu padre. Seríamos como dos criminales torturados por un remordimiento atroz, y seríamos desgraciados, porque no se puede edificar la propia felicidad...

ESCENA X

Dichos y el *Marqués*, que entra por el foro con el sombrero en la mano, sin que lo sientan, y al ver a Fina y Gabriel, escucha de pie detrás de la mesa, sin ser visto por ellos.

FINA. Sobre la desventura ajena. Tú debes irte, Gabriel, debes irte, y cuanto antes, mejor; así acabarán todas las riñas, todas las sospechas, y también todos los peligros. Nada ha ocurrido entre los dos, nada nos mancha, nada debe mancharnos, nada ocurrirá nunca; porque yo no engaño, yo no abandono a mi marido, y te quiero, sí, te quiero con toda mi alma; pero no debo quererte, ni tú a mí. Tú eres incapaz de una traición, por lo menos, él, ¡pobre, tan bueno, tan digno!, te cree incapaz, y no merece que tú...

GAB. Calla, calla. Si yo también he pensado lo mismo, si yo también me siento incapaz de engañar, y te agradezco toda la fuerza de voluntad que me prestas. Yo quiero a mi tío, y me venzo, y no lo traiciono, y huyo; pero soy profundamente desgraciado. Y eso venía a decir-

te, eso quería que supieras, para que no lo olvidaras nunca. *(En este momento, a juicio del actor, el Marqués hace mutis por la puerta del centro; pero si cree en la eficacia dramática de su permanencia en escena, sólo llega a la puerta y allí podrá esperar a la señal que hay en otros bocadillos.)*

FINA. ¿Me perdonas?

GAB. Hago más: te agradezco esta ayuda moral, y te quiero tanto, que, sin poder olvidarte, ahora soy yo quien quisiera que tú me olvidaras; que volvieras a querer a tu marido como antes, que volvieras a ser feliz aun a costa de mi desgracia. *(Posible mutis del Marqués.)*

FINA. ¡Ay, eso ya no es posible! Te he dicho que, aunque lo parezca, ya no soy una chiquilla; por lo menos, ya no soy la de antes, ya no puedo volver a serlo. Me enamoré..., ¡qué sé yo de qué!..., del amor, de la aureola que rodeaba al famoso Marqués de Montañaclara. Era el hombre a la moda, me deslumbró, y no pensé en la diferencia de edad, que es lo que nos separa. Antonio es para mí ahora como un padre, y como un padre lo respeto; pero no es el amor. *(Si no se ha ido antes el Marqués, aquí no tiene más remedio que hacer mutis.)*

GAB. ¿No me olvidarás? *(Se levanta.)*

FINA. Nunca. Sé fuerte, como yo voy a serlo. Desde lejos se comunicarán nuestras almas. Cuando en la lejana América, adonde supongo que irás...

GAB. Sí.

FINA. Bajo otros cielos, mires fijamente una estrella, busca en ella mis ojos; yo la habré mirado antes aquí, en esta vieja Europa tan triste, donde no podré olvidarte.

GAB. ¡¡Fina!! Algún día, acaso..., puedo volver. El tiempo a veces es propicio a quien sabe esperar. Esperemos. Somos jóvenes; lo natural sería...

FINA. No, calla; eso, no. Aleja de ti, de nosotros,

ese mal pensamiento. Esperar su muerte, no. *(Se oye en la puerta del jardín la tos del Marqués.)*

ESCENA XI

Dichos y el *Marqués*, por el jardín.

(Aparece lentamente, puesto el sombrero, que en la salida anterior traía en la mano izquierda, y que ahora se quita al entrar y tira sobre la mesa.)

FINA. ¡Tú! Pero ¿por dónde has venido?

MARQ. Por el jardín. Hola, Gabriel.

FINA. ¿Qué tienes en los ojos?

MARQ. No sé... Rezagos de sueño; me quedé dormido en un banco. ¡Era tan bonita la puesta de sol! *(Se sienta. A Gabriel.)* ¿Y tú, viste esos cuadros?

GAB. Sí, tío, y venía a hablarte. De ello ha surgido algo que me conviene mucho.

MARQ. ¿Qué es?

GAB. Al viejo pintor Máximo Alvear se le ha ocurrido que puedo yo mismo llevar los cuadros a Nueva York y hacer a la vez una exposición de mis obras. Es mi porvenir... Yo sólo necesito tu venia para...

MARQ. ¿Tú quieres irte?

GAB. Es mi porvenir, tío. Si tú me das tu permiso...

MARQ. Un momento. Si tú me dices que te vas por tu porvenir, por tu conveniencia, por tu gusto; que no hay otra causa; que tus frecuentes desavenencias con Fina...

GAB. Quiero irme, tío. Aunque me muera de pena, quiero irme...

MARQ. Pues te irás, debes irte. *(Se levanta.)* Cuenta con mi permiso, y cuenta con veinte mil pesetas que te daré mañana.

GAB. ¡Tío! Yo..., tío, no; eso, no...; eso...

MARQ. ¿Por qué te conmueves, si es tu gusto? Yo no soy rico, tú lo sabes; pero mañana me envían

ese dinero desde mis tierras de Canarias; la cosecha ha sido muy buena; yo no tengo que viajar... Y a ti... te pueden hacer falta, te harán falta... Yo tengo la obligación de velar por ti... De darte todo lo que te hace falta...

GAB. Eres tú quien se conmueve ahora, tío.

MARQ. Pues sí, ¡a qué negarlo! Ayer, como si dijéramos, llegaste; ahora ya quieres irte..., porque tú quieres irte, ¿no? ¿Eres tú quien quiere?

GAB. Dentro de tres días. Y si usted me autoriza y me lo permite..., como estoy invitado a comer por esos señores, ahora mismo les daré mi conformidad. Yo lo siento...

MARQ. Todos lo sentimos. Pero debe ser. ¡Debe ser! Dame un abrazo, ¡hijo! *(Cae el uno en brazos del otro, y el Marqués lo lleva abrazado hasta la achaflanada.)*

GAB. Tío, yo...

MARQ. No me digas nada; no me digas nada: vé... Ya nos despediremos... ¡Vé! *(Gabriel hace mutis.)* ¡Dios mío, Dios mío! *(Cae llorando en un sillón que hay cerca de la puerta.)*

FINA. Antonio, ¿qué es eso, qué tienes?

MARQ. *(Levantándose.)* Nada, déjame, perdona... Es el recuerdo de la escena dolorosa que tuvimos hace unos minutos... Es la pena de pensar que ése me deja..., ése, que era la alegría de la casa... Es... *(Cae llorando en el sofá.)* ¡No sé lo que es esto, Dios mío!

FINA. ¡Antonio, Antonio! Pero no te pongas así. ¿Qué tienes?

MARQ. No te asustes; es ridículo, ¿verdad?; pero ¡qué remedio! Cuando nos hacemos viejos nos volvemos tiernos otra vez, asustadizos, como los niños... Y ya soy como un niño... o como un viejo. Es algo que se ha roto dentro de mí...; es la juventud que se va..., que acaba de morir dentro de mí.

TELÓN

MARCHA FÚNEBRE

ACTO CUARTO

La sala de espera de la estación del Norte, de Madrid, suprimida la pared izquierda, entrando desde el andén. Muros color hueso y zócalo color caoba. En la pared del fondo, lisa, se alinean dos sofás, separados por un pequeño espacio de unos treinta centímetros. A la derecha, primer término, puerta que da al vestíbulo de la estación, cerrada, de madera color caoba. Esta puerta juega. A la derecha, segundo término, otra puerta igual, que no juega. A la izquierda, primer término, puerta de cristales ajedrezados, después de una madera igual al zócalo, que da al andén, cerrada. Cortinillas crema. En segundo término, puerta igual, con los mismos cristales, cerrada. En el centro, mesa redonda, de mármol, con dos sillones. Cerca de las nueve de la noche de la hora oficial, en verano. Todo cerrado.

ESCENA I

La escena sola unos instantes. Suena largamente un timbre. Un *Empleado de la Estación* y el *Marqués.*

EMP. Pase, pase el señor Marqués. Esta es la sala de espera.

MARQ. Muchas gracias.

EMP. Siempre a las órdenes del señor Marqués...

MARQ. Pero ¿me conoce usted?

EMP. Para servirle, señor Marqués; ¡pues no faltaba más! ¿Quién no conoce en Madrid al señor Marqués? Antes, todos los años salía el señor Marqués dos veces por esta época, una para veranear, y otra para irse de excursión. Ahora hacía tiempo ya que no se le veía...

MARQ. Estuve en América.

EMP. ¡Ah, por eso! Aquí, a la sala de espera, no se llegó nunca. Como que nadie viene aquí. No se usa.

MARQ. ¿Y por qué?

EMP. Como es estación final, donde se forman y mueren los trenes, pues vienen todos a última hora, y los que no, se acomodan de hecho en el vagón para ocupar sitio; los que tienen que esperar a las familias que llegan, tampoco tienen paciencia para estarse aquí sentados. Esperan en el andén.

MARQ. ¿De modo que esta sala está siempre cerrada?

EMP. En invierno se abre, pero tampoco la usa nadie... En verano, como el señor Marqués puede notar, hace un calor de morirse. Pero si es su gusto del señor Marqués...

MARQ. Sí; prefiero esperar aquí. Si no lo prohiben las ordenanzas...

EMP. ¡Qué han de prohibir! Para el público está la sala, y aunque no estuviese para el público, para el señor Marqués..., ¡siempre! ¡No faltaba más!

MARQ. Muchas gracias. *(Dándole un billete.)* Tome...

EMP. No, señor Marqués, de ninguna manera. No hace falta.

MARQ. Tengo yo gusto en ello: tome usted.

EMP. Vaya, pues... muchísimas gracias. ¿Quiere el señor Marqués que le abra también esa puerta?

MARQ. No; déjela.

EMP. Da al vestíbulo. Si el señor Marqués tiene citado a alguien..., no hace falta que entre al andén.

MARQ. No; a nadie. Deje usted la puerta cerrada; así estaré más solo.

EMP. Como el señor Marqués disponga. *(Medio mutis.)*

MARQ. ¡Ah, oiga! ¿Conoce usted a mi ayuda de cámara?

EMP. Sí, señor Marqués. ¿Quiere el señor Marqués que le diga que está usted aquí?

MARQ. Si me hace usted el favor...

EMP. Volando. Tenga feliz viaje el señor Marqués

MARQ. *(Medio mutis Empleado.)* Gracias. Hombre..., ¡Marcos!... Ya no hace falta.

ESCENA II

Dichos y Marcos.

MARC. Señor Marqués, iba al coche; me figuré...
EMP. Bueno. De nuevo, señor Marqués, buen viaje. *(Mutis.)*
MARQ. Adiós. *(Al ayuda de cámara.)* ¿Facturaste?
MARC. Sí, señor Marqués. Dos fracciones nada más. Aquí tiene el señorito el talón. *(Se lo entrega.)* Los billetes los entregaré yo ahora... al empleado de los coches camas...
MARQ. Sí. Llévate también esto. *(Por un libro y unos periódicos que trae en la mano.)*
MARC. ¿Quiere el señor Marqués que lo espere en el vagón?
MARQ. No. Me lo dejas todo arreglado, y te vas.
MARC. ¿No le haré falta al señor Marqués?
MARQ. No, no. Vete. Vuelve a casa, y adiós. *(Le da un billete.)*
MARC. Si ha sobrado, señor, ¿qué me da aquí?
MARQ. Pues guarda la vuelta y eso.
MARC. Muchas gracias, señor. ¿El señor Marqués va a volver pronto?
MARQ. *(Melancólicamente.)* ¡Pronto! *(Transición.)* Sí, muy pronto: un par de semanas, a lo sumo. Anda, vé y no vuelvas, que no te necesito.
MARC. Lleve buen viaje el señor Marqués. El señor Marqués tiene las literas siete y ocho.
MARQ. Bien. Adiós.
MARC. Adiós, señorito.
MARQ. Adiós, Marcos. Adiós. *(Mutis ayuda de cámara al andén.)*

ESCENA III

El *Marqués;* luego, *Mora.*

(El Marqués queda solo unos instantes; se quita el sombrero, se enjuga el sudor, enciende un pitillo y va a mirar por la primera izquier-

da. Breve pausa. Timbre eléctrico de la estación.)

MARQ. *(Llamando.)* ¡Mora! ¡Chist! ¡Mora! *(Se aparta de la puerta.)*

MORA. *(Entrando.)* ¡Tony! Pero ¿aquí? ¡Te he buscado por todo el andén!

MARQ. Y yo te atisbaba desde esta puerta.

MORA. Pero ¿qué significa esta cita, esta llamada? ¿Dónde vas?

MARQ. A lo de todos los años, cuando estoy aquí. A Francia, a hacer la excursión número no sé cuántos a los Alpes. Ya sabes que soy presidente del Club y jefe de los excursionistas. En Hendaya nos reunimos todos.

MORA. Pero ¿por qué me has citado aquí, en la estación?

MARQ. Porque sí; no preguntes: porque sí.

MORA. ¡Qué extraño eres! En fin, vamos...

MARQ. No; aquí se está mejor. Quédate, siéntate. *(Le indica un sillón del centro.)* No viene nadie, y tenemos unos minutos absolutamente nuestros.

MORA. Pero ¿por qué aquí?

MARQ. ¡Nos conoce todo el mundo! ¡Pudiera acercarse algún amigo a saludarnos, a interrumpirnos! Y quiero hablar contigo donde nadie nos escuche, donde nadie nos vea.

MORA. *(Sentándose.)* ¿Vienes a pedirme algún consejo con un pie en el estribo?

MARQ. No. Me quieres demasiado, con demasiada ceguera para darme consejos, y, al dármelos, piensas más en lo que a mí puede agradarme que en lo que pudiera convenirme; piensas en mi gusto, y no en mi conveniencia, y así, tus consejos no me sirven. Uno me diste hace tres años..., ¡y me salió mal!

MORA. ¿Para eso me has llamado aquí?

MARQ. Para eso. Estamos en el último acto de Don Juan; pero el traspunte olvidó llamar al Capitán Centellas, y no ha podido matarme a las

puertas de mi casa. En cambio, me ha matado una mujer. ¡La mía!

MORA. ¡Antonio!

MARQ. Ya ves: quisiera echarlo a broma, reír, reirme de mí mismo, porque me abochorna esta flaqueza sentimental.

MORA. Pero ¿qué ha ocurrido? *(Breve pausa.)* ¡No puedo creerlo!

MARQ. Créelo, créelo.

MORA. ¡No! ¿Te han vendido, te han engañado? ¡A ti!...

MARQ. ¡Ojalá!

MORA. ¿Cómo?

MARQ. ¡Ojalá, sí! Te juro que hubiera preferido el engaño, la traición. Hubiera castigado entonces, me hubiera vengado, hubiera matado...

MORA. ¡Jesús!

MARQ. Un horror, desde luego. Pero con una justificación relativa, por lo menos, ante la brutalidad instintiva de mis celos y ante el concepto imbécil que cierta gente tiene del honor. ¡Pero ni eso!

MORA. Pero ¿qué ha ocurrido? Habla, cuenta. ¿Tienes alguna sospecha?

MARQ. Tengo la seguridad de no ser querido, tengo la evidencia de que se sacrifican por mí.

MORA. Pero ¿hay otro amor?

MARQ. ¡Sí! ¡Y el que más pudiera dolerme! Tú sabes que el corazón adivina, siente, cuando lo dejan de amar. Yo no soy hombre de confidencias, Mora; pero necesito desahogar esta pena.

MORA. Habla, habla; te lo ruego.

MARQ. Yo sentí que mi mujer se alejaba de mi corazón... Es... lo inefable, lo que no se puede contar completamente. Era su actitud, su voz, sus ojos, que ya no me miraban como antes. Lo sentía, en fin. Y lo adivinaba. La interrogué; hablamos; ella, negó..., y una tarde, después de una disputa, al volver a casa, en mi despacho, Fina y Gabriel...

MORA. ¡Gabriel, oh!

MARQ. Gabriel, sí: ¡mi sobrino, mi hijo, ya ves! Me sobrevivía en él. ¡Horrible, horrible!

MORA. Pero ¿hablaban de amor?

MARQ. De amor y de renunciamiento. No me sintieron entrar, y lo oí todo, y me fuí porque no quería seguir oyendo, y al través del muro, cuando me iba al jardín, me llegaban sus palabras como puñaladas. Y oí que ella me llamaba viejo, y que me quería como a un padre, y que los dos se adoraban y se sacrificaban por mí. Les daba pena yo. ¡¡Yo, Mora!! ¡¡¡Yo les daba pena!!!

MORA. Pero ¿tu sobrino no se fué a Nueva York hace más de una semana?

MARQ. Sí. Y nada ha pasado entre ellos. Se fué por eso: por no ofenderme. Para ellos yo nada sé. Le echó ella por eso. Pero de América se vuelve. Gabriel volverá. Debe volver.

MORA. Impídelo tú.

MARQ. ¿Yo? Y ¿para qué? Entre Fina y yo se ha levantado una montaña de hielo y de tristeza. Y yo no puedo vengarme. Porque... ¿a quién voy a matar? ¡Si no me han hecho nada! ¡Sacrificarse por mí! Eso han hecho, ya ves; humillarme con una humillación que, por lo que tiene de piedad, no puede tener castigo. *(Pausa breve.)* Y he sido yo, yo solo, quien se engañó a sí mismo, quien sugestionó, y contagió, y engañó a esa pobre niña con mi propio engaño. Porque pensé en lo que no podía pensar. Me sentí fuerte, ágil, joven, lleno de pasión, lleno de fuego, y creí que eso, lo que yo sentía cuando me casé con ella, toda mi vida que brillaba como renovada, como si empezara a vivirla de nuevo..., iba a ser eterno, y me olvidé de preguntarme a mí mismo: "¿Y después?" ¿Después? Y toda la vida es eso: después. Después siempre, que es la única realidad. Porque antes es el pasado, que muere, y el presente huye y no existe, porque no es

nunca, porque cuando dices "Ahora, ahora", y quieres afirmarlo, pasa tiempo; de la primera a de ahora a la última, corre el tiempo, y cuando acabas de pronunciar la palabra ahora, ahora ya no es ahora: ya fué. Toda la vida es después, y ése es todo el dolor de la vida, porque quisieras matar el tiempo, y el tiempo no se mata, porque no se deja matar, porque escapa. Yo no sé explicarme. Lo siento. Llega el momento lleno de felicidad, de amor, de gloria... y quisieras detenerlo, apresarlo, aquietarlo, fijar esa hora de felicidad, como un pintor quisiera detener la luz; que no sea hora siquiera, ni año, ni lustro; que no sea tiempo, que sea eterno, que sea divino..., y no puedes, porque para nosotros no hay más quietud que después, y después... es la muerte.

MORA. ¡Oh, calla, calla; no la nombres! Tú eres todavía...

MARQ. Ya, no, Mora. Fuí un pobre medular, pequeño, lujurioso, loco, que pretendió demasiado tarde pensar en el verdadero amor.

MORA. No digas eso, no me lo digas a mí, que te conozco y sé de la grandeza de tu alma. Calla, calla. Tú eres grande...

MARQ. ¡Oh! ¿Qué hice yo en la vida?

MORA. ¡Amar! ¡Eso! Hacerte amar, que es mucho más. ¿Qué me importa a mí que no hayas sido un gran escultor, ni un gran literato, ni un gran hombre de ciencia, si sé que has sido, que eres, un gran corazón? Por eso es inmenso tu dolor de ahora; porque tu dolor no podía ser chico, ¡porque en las almas grandes todo es grande! Pero véncelo, domínalo. Vuelve a tu actividad, a tus deportes, a tus conquistas, a tu alegría; haz que haya en tu cuerpo la movilidad, la agitación externa que armonice con tu inquietud interior. Hay que...

MARQ. No, Mora; es otra armonía la que hace falta buscar, y yo la encontraré. La armonía de mis

deseos con mis posibilidades; de mi alma con mi cuerpo. Porque cuando el alma quiere ser más joven que el cuerpo, es que el alma se ha vuelto loca. He de transformar este amor y lo transformo. Del egoísmo de la pasión, que busca el propio goce, a la generosidad desprendida, ya sin cuerpo, ya sin sexo, que sólo tiende a la felicidad de los que ama, aun a costa, y mejor así, de la suya propia. Eso quiero y eso haré.

MORA. ¿Y por eso te vas? ¡Yo me voy contigo!

MARQ. ¡Mora!

MORA. Yo me voy contigo ahora mismo, como estoy, con lo puesto. Yo me voy contigo, que aún te quiero como te quise siempre, como te querré siempre.

MARQ. *(Cogiéndole las manos.)* ¡Mora! Gracias.

MORA. No; gracias, no; es que...

MARQ. Gracias, sí. Eres el último resplandor en la llama mortecina de mi vida; eres aún la ilusión del amor, de la posibilidad de ser amado. Eres el último halago; gracias, pero... ¿y después?... Piénsalo... ¿Y después?... Para nosotros también suena esa hora. ¿Y después?

MORA. Yo no quiero pensar, yo no puedo pensar...

MARQ. Además, ¿haríamos con eso la felicidad de..., de esos dos..., de mis hijos, porque son mis hijos? Fina es cristiana, es honrada... Mientras yo viva no será de Gabriel; mientras yo viva, Gabriel no volverá. ¡Y debe volver!

MORA. ¿Mientras tú vivas, dices? ¡Antonio!

MARQ. No; no te asustes. También lo pensé. Pero los sacrificios estériles no valen la pena. Muy bonito, muy lleno de efecto para una función de teatro. La puerta que se cierra; el tiro que suena; la carta sentimental..., y ella y él, que sentiríanse separados siempre por mi muerte, por mi sacrificio, por el espectro del que creerían haber asesinado con sus propias manos. No, Mora, no. Sería demasiada crueldad.

MORA. ¿Y entonces?

MARQ. *(Mirando su reloj.)* Te he llamado porque sé que eres discreta y firme y reservada, y que sabrás callar. Te he llamado porque confío en ti y porque quería que tú supieras la verdad, toda la verdad; pero tú sola.

MORA. Y esa verdad, ¿cuál es? ¿Qué piensas hacer?

MARQ. Nada. Dejar a la casualidad. La casualidad es a veces Providencia. ¿Te acuerdas del grito de mis guanches: "¡Vacaguaré!" Yo quiero morir. Cuando se quiere con fuerza, todo se consigue. ¡Hasta eso!

MORA. ¡Antonio!

MARQ. Voy a mi excursión a los Alpes, los conozco bien... y de una montaña muy alta es fácil caer. ¡Adiós, Mora!

MORA. *(Asiéndose a él.)* No, no, Antonio.

MARQ. Déjame, déjame y calla. *(Suena el timbre de la estación.)* ¿Oyes? Es el tren que va a la libertad y al olvido... ¡Adiós, Mora! *(Hace mutis, corriendo. Primera lateral.)*

MORA. *(Haciendo mutis con él.)* ¡Antonio! *(Da el segundo grito dentro, ya sin voz.)* ¡Antonio! *(Vuelve a aparecer en escena, cogiéndose a la puerta.)* ¡El grito, el grito! ¡Yo quiero morir! ¡Y va muerto, pobre mío! Va muerto. ¡Ha muerto! *(Cae llorando sobre la mesa del centro.)*

TELÓN

LEA USTED

EL TEATRO

=MODERNO=

QUE PUBLICA INTEGRAMENTE

LAS OBRAS DE GRAN ÉXITO
DE LOS MEJORES AUTORES

——— LUJOSA EDICION ———

50 CENTIMOS